

NADIE SABE
Y OTROS CUENTOS

Osamu Dazai



OSAMU DAZAI

NADIE SABE Y OTROS CUENTOS

Osamu Dazai

Nadie sabe y otros cuentos



Osamu Dazai

Osamu Dazai (seudónimo de Shūji Tsushima) nació en Kanagi, Prefectura de Aomori, Japón. En 1923 asistió a la escuela secundaria de Aomori e ingresó en el departamento de literatura de la Universidad de Hirosaki en 1927. En sus años universitarios colaboró con diversas publicaciones estudiantiles y contribuyó con algunas de sus obras. En 1930 ingresó en el departamento de literatura francesa de la Universidad de Tokio, pero no terminó sus estudios por adicción al alcohol y las drogas.

Fue parte de diversos grupos marxistas, por lo que fue encarcelado y torturado por el régimen militar. Esta experiencia influyó en sus obras más populares como *Indigno de ser humano* y *El ocaso*. Asimismo, Dazai escribió numerosos cuentos que sirvieron de inspiración para animes como Aoi Bungaku Series y diversas adaptaciones en el cine. Entre sus cuentos más importantes se encuentran «Colegiala» que cuenta en primera persona un día en la vida de una adolescente.

El 13 de junio de 1948, se suicidó con su amante en Tokio, Japón, a pocos días de cumplir 39 años. Actualmente es considerado como uno de los escritores más queridos por los jóvenes de Japón, por mostrar sin tapujos y en un tono muy personal la realidad de la postguerra y la transición del Japón feudal a una sociedad industrial. A pesar de que en vida no recibió reconocimientos por llevar una vida desordenada, en 1965 se estableció el premio Dazai Osamu, que es otorgado anualmente a un cuento destacado de un escritor novato, como homenaje a su obra y legado.

Nadie sabe y otros cuentos
Osamu Dazai

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



COLEGIALA

Es curioso lo que siento al despertarme cada mañana. Es una sensación similar a cuando juego al escondite, a cuando estoy quieta y me acurruco en la profunda oscuridad del armario y Deko abre la puerta de repente, la luz del sol entra súbitamente deslumbrándome y ella grita en voz alta: «¡Aquí estás!». Es un momento incómodo. Luego, con el corazón latiéndome desbocado, me arreglo el kimono por delante y salgo del armario. Siento repugnancia. No, eso no. No se parece a eso, es algo… es algo mucho más insoportable. Como abrir una caja y encontrarse dentro otra más pequeña, y que dentro de esta haya otra todavía más pequeña. La abres y te ocurre otra vez lo mismo, y luego otra vez, y otra y otra, y así vas abriendo una tras otra siete u ocho cajas cada vez más pequeñas, y al final del todo encuentras una cajita minúscula, del tamaño de un dado, la abres y no hay nada dentro, está vacía. Así es como me siento. No me creo eso de que haya gente que se despierte al instante. Es algo turbio, muy turbio, como cuando el almidón se hunde en el agua, cada vez más al fondo, y poco a poco se va haciendo más nítida la parte superior; hasta que al final me despierto a causa del propio cansancio que me supone dormir. Las mañanas, son como… como una mentira transparente. Se me ocurren

muchas, muchas cosas tristes por las mañanas y no las soporto. No me gustan, no. Por la mañana estoy más fea. Tengo las piernas agotadas y no quiero hacer nada. ¿Será porque no duermo profundamente? También debe de ser mentira eso que dicen que por las mañanas te sientes más saludable. Las mañanas son grises. Siempre son lo mismo. Es lo más vacío que existe en el mundo. Siempre soy pesimista cuando me acabo de despertar y estoy en la cama. Me cansa estar en la cama. Me abruman pensamientos desagradables de los que me arrepiento, noto como me hacen presión en el pecho y me retuerzo.

Las mañanas son terribles.

—Papá —susurré en voz baja. Me dio un poco de vergüenza pero me sentí feliz, me incorporé y rápidamente deshice el futón.

Cuando lo levanté exclamé: «*¡Aúpa!*», sin darme cuenta. Aquello me llamó la atención. Hasta ahora no me creía capaz de pronunciar una palabra tan vulgar. «*¡Aúpa!*» es algo que suelen decir las ancianas. ¡Qué asco! ¿Por qué lo habré dicho? Me sentí rara, como si tuviese una anciana escondida dentro de mí. A partir de ahora tendré más cuidado. Es como cuando critico

la vulgar forma de andar de algunos y me doy cuenta de que yo misma estoy andando igual. Mi actitud me parece bastante decepcionante.

Por las mañanas nunca me siento segura de mí misma. Me siento frente al tocador con el pijama puesto y me miro en el espejo. Cuando me miro sin las gafas me veo un poco borrosa, pero me resulta agradable. Las gafas son lo que más odio de mi cara, aunque llevar gafas tiene algunas cosas buenas que la gente no sabe. Me gusta mirar a lo lejos sin ellas. Se ve todo difuso y es maravilloso, como un sueño, o como cuando miras un diorama de papel. No se ve nada sucio. Solo se pueden ver las cosas grandes, los colores y las luces nítidas y fuertes. También me gusta quitármelas y mirar a la gente. Las caras me parecen todas dulces y bonitas. Es como si todo el mundo estuviese sonriendo a la vez. Además, cuando no llevo gafas no pienso en discutir ni me entran ganas de criticar a nadie. Simplemente me quedo callada, como distraída. En esos momentos los demás creerán seguro que soy una buena chica. Pensando en eso me entran ganas de quedarme así, abstraída, sin preocupaciones, como una tierna niña inocente. No me gustan las gafas. Me las pongo y entonces parece como si me quedara sin

expresión. Las gafas me impiden mostrar emociones, cosas como romanticismo, belleza, pasión, debilidad, inocencia o tristeza. Además, me roban la capacidad de expresarme con la mirada. Me siento ridícula. Son como tener un fantasma encima de mi cara. Será por odiar tanto las gafas, pero pienso que tener unos ojos bonitos es lo más importante del mundo. Aunque no tuviese nariz o llevase la boca tapada, los ojos son lo que más resaltaría en mí. Sería maravilloso tener ese tipo de ojos que cuando alguien los mira le entran ganas de llevar una vida mejor. Mis ojos, en cambio, son grandes, nada más, por lo demás no tienen nada de especial. Me decepciona fijarme en ellos. Hasta mi madre dice que son aburridos. Serán de ese tipo de ojos que la gente conoce como «ojos sin luz». Son como el carbón, qué decepción. No hay nada que pueda hacer al respecto. ¡Qué horror! Cada vez que me miro en el espejo me entran unas ganas horribles de que mis ojos sean dulces y atractivos. Ojos como lagos azules, como mirar la inmensidad del cielo tumbada en la hierba y que en ellos se reflejen las nubes al pasar. Que incluso los pájaros puedan reflejarse en ellos claramente. Me gustaría poder conocer a mucha gente que tuviese unos ojos tan bonitos.

Hoy empieza el mes de mayo. ¡Qué contenta estoy! Cada vez queda menos para que llegue el verano. Salí al jardín y una flor de la fresera captó mi atención. Se me hace extraño que mi padre haya muerto. Murió y entonces desapareció, sin más. Es algo difícil de entender. Aún no termino de creérmelo. Echo de menos a mi hermana, a la gente de la que ya me había despedido o a la que hace mucho que no veo. Por las mañanas, me suelen venir a la cabeza anécdotas que ya pasaron o gente que ya no está. Es algo insípido pero, quizás por ello, insoportable, como el olor del nabo en salmuera.

Tengo dos perros, Chapy y Kaa. A Kaa le llamo así porque me da una pena horrible[1]. Los dos vinieron hacia mí corriendo muy juntos. Los coloqué frente a mí y acaricié a Chapy. Su pelo es totalmente blanco y brillante, es muy bonito. A Kaa no le acaricié, Kaa está siempre sucio. Soy consciente de que, cada vez que acaricio a Chapy, Kaa suele estar ahí a su lado, poniendo cara de pena. Siempre parece a punto de ponerse a llorar. Por si fuera poco, es cojo. Kaa me hace sentir muy triste, por eso no me gusta demasiado. Me da tanta lástima que a veces le hago daño a propósito. Kaa parece un perro vagabundo, tanto que

1 En japonés, dar pena se dice Kawaisō, de ahí su nombre.

en cualquier momento los mataperros vendrán y se lo llevaran a la perrera y lo sacrificarán. Como tiene la pata así, es demasiado lento y no podrá huir. Kaa, corre, vete al fondo de la montaña.

Nadie te tiene cariño, así que mejor muérete pronto. Kaa no es el único al que maltrato, también hago daño a algunas personas, las suelo fastidiar hasta que se irritan. De verdad que soy una chica bastante desagradable. Me senté en el engawa[2] mientras le acariciaba la cabeza a Chapy. El verde de las hojas de los árboles penetró por mis ojos e hizo que me sintiera miserable. Me entraron ganas de sentarme sobre la tierra y morirme.

Quise ver si era capaz de fingir que lloraba. Pensé que quizás me saldrían algunas lágrimas si contenía la respiración con fuerza y apretaba los ojos. Lo intenté, pero no lo conseguí. A lo mejor me he convertido en una mujer sin lágrimas.

Desistí y empecé a limpiar la habitación. Mientras, me puse a cantar Tōjin Okichi[3] sin darme cuenta. Miré

---

2 Pasillo exterior cubierto, típico de las casas antiguas japonesas. Podría asemejarse a lo que en occidente se conoce como porche.

3 Canción popular de Japón que narra la trágica historia de una chica llamada Okichi.

a mi alrededor furtivamente. Me pareció curioso haber cantado algo tan vulgar como Tōjin Okichi sin querer, cuando normalmente solo me intereso por Mozart o Bach. Me sentí ridícula. Exclamar «*¡aúpa*!» por la mañana y cantar aquello mientras limpiaba: me da miedo imaginarme qué clase de tonterías puedo llegar a decir cuando hablo en sueños. Pero de pronto todo me pareció muy gracioso, dejé de barrer y empecé a reírme yo sola.

Me puse la ropa interior nueva que había terminado de coser ayer. Tiene una pequeña rosa blanca bordada en la zona del pecho. Si me pongo ropa encima, el bordado no se ve. Nadie sabrá que existe. Me siento muy orgullosa de mí misma.

Mamá está muy liada preparando la propuesta matrimonial de alguien. Esta mañana salió de casa muy temprano. Desde que era pequeña, mi madre siempre se ha entregado mucho a los demás, así que ya estoy acostumbrada. Sorprende que siempre tenga algo que hacer. Siento una enorme admiración por ella. Como mi padre se pasaba el día estudiando, mi madre lo tenía que hacer todo, incluso lo que le tocaba hacer a él. Mi padre nunca tuvo mucho interés por conocer gente, pero

mi madre siempre se ha esforzado por crear grupos de amistades verdaderamente agradables. Los dos eran muy distintos, pero estoy convencida de que se admiraban mucho el uno al otro. Eran un matrimonio agradable y pacífico, sin cosas malas, diría yo. Ay, ¡pero qué indiscreta soy!

Mientras se calentaba la sopa, me senté en la puerta de la cocina mirando distraída el bosque que se alza enfrente de nuestra casa. Entonces sentí algo curioso, como si en algún momento del pasado o en el futuro, sentada de esta misma manera en la entrada de la cocina, al igual que ahora, hubiese estado o llegase a estar mirando el bosque de enfrente pensando exactamente en esto mismo. Era como sentir todo el pasado, el presente y el futuro a la vez. Es algo que me ocurre de vez en cuando. Estar sentada hablando con alguien en una habitación y quedarme mirando a la esquina de la mesa con la mirada fija y moviendo la boca sin darme cuenta. Cuando ocurre, me siento de lo más extraña.

No recuerdo cuándo, pero en una situación similar, hablando de esto mismo, me estaba fijando en la esquina de una mesa y sentí claramente que en el futuro me iba

a ocurrir eso mismo justamente. Cuando camino por el campo, incluso si está muy lejos, a cada momento me asalta la sensación de que ya había paseado por ese mismo camino en el pasado. A veces voy andando y arranco una hoja de uno de los cultivos plantados a un lado del camino, y entonces tengo la sensación de que ya había arrancado esa misma hoja en ese mismo camino, justo en ese lugar, en algún momento indefinido en el pasado. Y, acto seguido, siento que en el futuro volveré a arrancar esa misma hoja de ese mismo cultivo, en ese mismo sitio, y que el proceso se repetirá una y otra y otra vez. Hay más ejemplos. Una vez, cuando me bañaba, me miré las manos. Entonces, sentí que, dentro de muchos años, cuando me estuviera bañando, me acordaría de ese mismo instante en el que me miré las manos involuntariamente y me vendrá a la mente lo que sentí al haberlo hecho con aquella inocencia. Me entra la melancolía siempre que pienso estas cosas. Incluso una tarde, cuando metía arroz cocido en un recipiente, sentí como que algo me recorría rápidamente el cuerpo; aunque suene exagerado, podría decirse que fue como una inspiración, como algún tipo de pensamiento filosófico. Aquello me afectó y sentí como si mi cabeza, mi pecho y todo mi cuerpo se hubiesen vuelto transparentes. ¿Cómo

explicarlo? Sentí una suave tranquilidad que me hizo ver que, si yo quería, podía llevar una vida verdaderamente hermosa. En aquel momento era capaz de mantenerme flotando ligera y grácil, como a merced de las olas, sin decir ni una sola palabra, con una flexibilidad y un silencio similares a los de los tokoroten[4] cuando salen del molde al empujar la gelatina. En aquel momento no percibí aquello como una revelación filosófica. Más bien me pareció algo espantoso. Como el presentimiento de una vida silenciosa, como si fuera un gato al acecho. Aquello no podía acabar bien. Si una persona se mantiene en ese estado durante demasiado tiempo, bien podría llegar a perder la cabeza y convertirse en algo similar a un fanático religioso. Cristo. De todas formas, me resultaría de lo más extraño convertirme en una versión femenina de Cristo.

Al fin y al cabo, como tengo tanto tiempo libre y llevo una vida sin muchas dificultades, los cientos de miles de cosas que veo y escucho a diario, junto a todo lo que no consigo asimilar, dan como resultado que se me ocurran este tipo de ideas, una tras otra, como si fuesen fantasmas.

---

4 Tallarines gelatinosos hechos a base del extracto de alga conocido como agar-agar. Se deja cuajar la pasta gelatinosa en un molde para después hacerla pasar por una pequeña malla, saliendo así los tallarines.

He desayunado sola en el comedor. Hoy he comido pepino por primera vez en todo el año. El color verde del pepino de mayo me hace sentir que el verano se acerca. Su frescor posee una tristeza que hace que sienta un vacío en el corazón, como un dolor sordo, o algo similar a las cosquillas. Cuando como sola en el comedor de mi casa, me entran unas ganas enormes de irme de viaje. Pienso en cosas como coger un tren y alejarme. Pero pronto aparté esas ideas de mi mente y me puse a leer el periódico. En la primera página aparecía una foto del señor Konoe[5] No sabría decir si es un hombre atractivo, pero lo cierto es que no me gusta la cara que tiene. No me gusta su frente. Lo más divertido de los periódicos es la publicidad de los libros. Les cobran por cada letra o por cada línea que escriben, cien o doscientos yenes de tarifa en total, por lo que siempre se esfuerzan para que sean lo más cortas y claras posibles. Para conseguir un mayor efecto, cada frase tiene que estar muy bien pensada; se ve a la legua que para poner cada letra y cada palabra le han dado muchas vueltas a la cabeza. No debe de haber muchas frases que cuesten tanto en el mundo. De alguna manera encuentro muy agradables los anuncios por

5 Fumimaro Konoe (1891–1945), político japonés que llegó a primer ministro de Japón durante los primeros años de la segunda guerra mundial.

palabras del periódico, me gustan.

Justo cuando he terminado de desayunar, he cerrado con llave y me he ido al instituto. «No hay de qué preocuparse, no va a llover», he pensado. De todas formas, quería llevarme el bonito paraguas que mi madre me había regalado ayer, así que lo cogí.

Mi madre usaba este *umbrella*[6] de joven. Me siento especialmente orgullosa de haber encontrado un paraguas tan curioso como este. Cuando lo llevo, me imagino paseando por los barrios más antiguos de París con él. Quizá, cuando termine la guerra, este tipo de paraguas occidentales que parecen sacados de un cuento de hadas se pongan de moda. Creo que con este paraguas iría bien un gorro estilo *bonnet.* Me pondría un vestido largo de color rosa con el escote muy abierto, unos guantes largos de color negro que sean de encaje y estén hechos de seda, y un sombrero de ala ancha adornado con una violeta grande y hermosa. Así vestida, iría a comer a un restaurante de París en su época de mayor esplendor. Me quedaría mirando a la gente que circula por la calle,

6 Paraguas, en inglés. Escrito así en el original para resaltar que es un paraguas occidental muy decorado.

con la mejilla ligeramente apoyada en mi mano, con aire melancólico, y entonces, quizás, alguien rozaría mi hombro con delicadeza. Entonces comenzaría la música. El Vals de la Rosa. ¡Ay! ¡Qué ridículo, qué ridículo! En realidad no se trata más que de un antiguo paraguas peculiar con el mango alargado. ¡Qué miserable! Pobre de mí. Soy como La niña de los fósforos del cuento de Andersen.

Al salir de casa, arranqué algunos de los hierbajos que crecen frente a la puerta para quitarle trabajo a mi madre. Quizás hoy me ocurra algo bueno. ¿Por qué hay algunas hierbas que al verlas me entran ganas de arrancarlas y, sin embargo, hay otras que dejo si al fin y al cabo son todas iguales? Unas hierbas por las que siento cariño y otras por las que no siento nada. Parecen idénticas, pero algunas son conmovedoras y otras detestables. ¿Por qué será que puedo diferenciarlas tan claramente? No tiene mucho sentido. Creo que a veces el gusto de las mujeres puede llegar a ser un disparate.

Tras diez minutos arrancando hierbas, me encaminé rápidamente hacia la estación de tren. Cuando pasé al lado de los cultivos que hay junto al camino, me entraron

muchas ganas de sentarme a dibujarlos. Pero no podía retrasarme. Por el camino, atajé por la senda del bosque que atraviesa el recinto del templo sintoísta. Es un atajo que descubrí yo misma hace algún tiempo. Allí me percaté que por doquier habían crecido pequeños montones de cebada de unos seis centímetros de alto. Se nota que este año también habían pasado los soldados. El año pasado vinieron muchos con caballos y se quedaron en el bosque del templo para descansar. Unas semanas después, en algunas zonas habían crecido pequeñas matas de cebada, al igual que ahora. Este año ocurrirá igual, seguro. Supongo que los granos de cebada debieron caerse de los paquetes que los soldados llevaban para alimentar a sus caballos mientras iban de un lado a otro, y luego germinaron y comenzaron a crecer a la vera del camino. Pero como este bosque es tan profundo y no deja pasar la luz del sol, los pobrecitos no crecerán más y morirán, seguro.

Al salir de la senda del bosque del templo sintoísta, cerca de la estación, me crucé con cuatro o cinco obreros. Son los mismos obreros que cada mañana me vomitan las mismas palabras desagradables cuando paso. Me abstengo de repetirlas aquí, las palabras que me dicen.

Ante tales alusiones no sé nunca cómo reaccionar, así que intenté adelantarles y dejarles atrás lo más rápido posible, pero para eso tenía que pasar por delante y deslizarme entre ellos. Esos obreros tan maleducados me aterran. Pero, para quedarme ahí quieta sin decir nada y dejarles que se vayan hasta que haya mucha distancia entre nosotros, hay que tener aún más valor. Supe que si los ignoraba se enfadarían conmigo. Las mejillas me empezaron a arder y me entraron unas ganas horribles de llorar. Pero no quería pasar por la vergüenza de que me viesen hacerlo, así que les sonreí abiertamente y pasé lentamente por detrás de ellos. Al final no ocurrió nada, pero la rabia aún me duraba después de haberme subido al tren. Quiero hacerme fuerte, noble y dura lo antes posible, para que este tipo de tonterías no me afecten.

Como quedaba un asiento libre junto a la puerta del tren, dejé mis cosas encima mientras me arreglaba los pliegues de la falda. Justo cuando iba a sentarme, un señor con gafas apartó lo que había dejado y se sentó.

—Verá… —le musité yo, medio tartamudeando—. Resulta que yo… iba a sentarme ahí.

Pero el hombre me ignoró, sonrió amargamente y empezó a leer el periódico sin hacerme caso. Pensándolo bien, no sé quién de los dos tendría más morro. Yo por haber dejado ahí mis cosas cuando no había nadie, o él por suponer que yo era una simple mocosa y que no me quejaría.

Como no había más remedio, dejé el *umbrella* y el resto de mis cosas en el portaequipajes del vagón y me puse a leer una revista, como suelo hacer siempre. Mientras la ojeaba, me vino algo extraño a la mente. Si me quitasen la lectura, al no haber tenido muchas experiencias reales, lloraría. Dependo mucho de lo que aparece en los libros. Cuando leo uno, tiendo a entusiasmarme y a simpatizar automáticamente con la historia y suelo adaptar su contenido a mi vida cotidiana, y luego, cuando leo otro libro, cambio totalmente mi mentalidad y me adapto a ese segundo libro sin ningún tipo de problema. Creo que este talento o, mejor dicho, esta astucia para robar cosas de otra gente y rehacerlas para que se adapten a mí, es mi única especialidad verdadera. Aunque lo cierto es que estoy harta de toda esta falsedad. Puede que si pasase más vergüenza a causa de mis fracasos diarios, mi personalidad acabaría fortaleciéndose definitivamente.

Pero seguro que conseguiría disimular esos fracasos e inventaría cualquier excusa para evitar esas críticas. Fingiría que todo está bien y las ignoraría. (Hasta estas frases las he sacado de un libro que he leído hace poco).

De verdad que a veces no sé cuál es mi verdadero yo. Cuando me quede sin libros para leer y no pueda fijarme en nada que pueda imitar, ¿qué haré? Me quedaré sin recursos, y quizás comience a dejar que pase el tiempo sin hacer absolutamente nada en la vida.

Pero también es cierto que no es bueno pensar a diario tantas cosas que no tienen nada que ver entre sí mientras voy en el tren. Noto una especie de molesto calor en el cuerpo que con el tiempo se vuelve inaguantable. Hay que hacer algo, tengo que hacer algo para solucionarlo, pero ¿qué podría hacer para conseguir encontrar la esencia de mí misma? Todas las autocríticas que me he hecho hasta ahora no han tenido ningún valor. Cuando intento sacarme defectos, me doy cuenta de todo lo desagradable y débil que hay en mí y entonces me vuelvo condescendiente conmigo misma, empiezo a mimarme y a tratarme con cariño y entonces llego a la conclusión de que, al final, el remedio es peor que la enfermedad.

Es preferible no empezar a criticarme desde el principio. Sería una persona mucho más sincera si no pensase en nada, si tuviera la cabeza totalmente vacía.

En la revista que estoy leyendo hay un artículo titulado «Defectos de las mujeres jóvenes». Está firmado por varias personas, al parecer expertos en comportamiento juvenil. Cuando lo leí, sentí como si estuviesen hablando sobre mí y me entró mucha vergüenza. Dependiendo de la persona que escriba, las opiniones varían un poco, eso sí. La gente que siempre me ha parecido estúpida coincide con que es la que siempre dice las mayores estupideces. Luego sigo leyendo y miro las fotos de toda esa gente tan bien vestida y me río leyendo sus opiniones. Fingen que también hablan de manera elegante. En sus artículos, los religiosos siempre sacan el tema de las creencias de los jóvenes y sus orígenes, los pedagogos, desde el principio hasta el final, repiten sin cesar el valor de los favores recibidos en la infancia, y los políticos siempre acaban incluyendo al final de sus textos unos cuantos antiguos poemas chinos. Los novelistas escriben con afecto, usando palabras con estilo. Se nota que son presumidos. Aun así, reconozco que al final todos acaban exponiendo cosas bastante coherentes. Eso sí, todos suelen coincidir

en que las mujeres jóvenes no tenemos ni una pizca de personalidad. Que estamos vacías. Que no sabemos lo que es la ambición sana y mucho menos la esperanza. Es decir, que no tenemos ideales. Criticamos a los demás, pero no somos conscientes de que podríamos aplicarnos nosotras el cuento. Las jóvenes nunca reflexionamos, no somos prudentes y no tenemos conciencia ni amor propio. Aunque en ocasiones podamos ser valientes, es extraño que alguna vez asumamos la responsabilidad de nuestros actos. Nos adaptamos con facilidad al estilo de vida que nos rodea, pero no nos apreciamos a nosotras mismas lo suficiente ni respetamos lo que tenemos a nuestro alrededor. No sentimos verdadera modestia. Carecemos de originalidad. Siempre estamos imitando algo. No conocemos lo que es el amor «verdadero» que un ser humano debe sentir para ser considerado miembro de la especie. Nos damos aires de elegancia, pero en realidad no tenemos ni una pizca de distinción. Y muchas otras cosas más. Podría seguir hasta el infinito.

Al leer todo esto, lo cierto es que algunas cosas de las que dicen ese tipo de publicaciones le dan a una que pensar. No puedo decir que esas opiniones no sean ciertas. Pero me da la impresión de que todo lo que aparece en estos artículos es algo superficial que ha sido escrito porque

sí, sin tener nada que ver con lo que la gente de verdad, la gente como yo siente. Aparecen muchas expresiones como «*lo cierto es que*» o «*esencialmente*», pero luego no te explican qué es exactamente el amor «*verdadero*» o la conciencia «*esencial*». Puede que ellos sí que sepan de qué se trata. En ese caso, no saben cuánto les agradecería que me dijesen, en una simple frase, si debo ir a la derecha o a la izquierda por la vida, indicándome con autoridad el camino que debo seguir. Al estar todas nosotras tan perdidas en temas como expresar el amor, en lugar de decirnos qué no debemos hacer, deberían mandarnos con firmeza a hacer esto o lo otro, y así todas obedeceríamos a lo que nos dijesen. Aunque también puede que en realidad ninguna de nosotras tenga confianza en sí misma. La gente que publica aquí sus opiniones puede que tampoco tenga las cosas tan claras siempre. Nos regañan diciendo que no tenemos ni la esperanza ni las ambiciones que se supone que deberíamos tener, pero si actuásemos de forma correcta en busca de ideales, ¿hasta qué punto nos apoyarían y nos ayudarían estas personas que tanto nos critican ahora?

Nosotras sabemos, aunque sea de un modo difuso, a donde debemos ir, a donde nos gustaría ir, a ese bonito lugar al que hemos de llegar para desarrollarnos y crecer.

Ansiamos llevar una buena vida. Nadie logrará quitarnos la esperanza. Estamos impacientes por tener un ideal al que poder aferrarnos. Pero si intentamos realizarnos y además tenemos que mantener una buena relación con nuestra familia, ¿cuánto esfuerzo necesitaremos? Tenemos que tener en cuenta las opiniones de nuestros padres, de nuestros hermanos y hermanas mayores. (A veces nos quejamos, diciendo cosas como que están anticuados, pero, en realidad, de ninguna manera estamos despreciando ni a la gente adulta que ha vivido más que nosotras, ni a los ancianos, ni a los que han sabido formar una familia. Al contrario, reconocemos su superioridad constantemente). Tenemos parientes cercanos con los que debemos mantener una buena relación. También tenemos conocidos y amigos. Y, finalmente, está «la sociedad», que nos arrastra con una fuerza enorme. Reflexionando, viendo y considerando todo esto, cualquiera piensa en desarrollar su propia personalidad. No puedo dejar de pensar en callarme y seguir mi camino como la mayoría de la gente, sin llamar la atención. Quizás esta sea la manera más inteligente de comportarse, creo yo. Me parece bastante cruel que se eduque a todo el mundo con los mismos valores e ideales cuando todos somos distintos. Con los años, me he ido

dando cuenta de que la moral que nos inculcan en el instituto es muy distinta a la que rige en el mundo real. Si respetas estrictamente la moral del instituto, ten por seguro que estarás abocada a pasarte la vida haciendo el tonto. Te llamarán ridícula, nunca ascenderás socialmente y siempre serás una pobre de solemnidad. ¿Existirá alguien que nunca mienta? Si existe esa persona, será un perdedor toda su vida. En mi propia familia, sin ir más lejos, tenemos a una persona que vive de esta manera: se comporta de manera ejemplar y mantiene en todo momento la firme convicción de que existe un ideal que seguir. Sin embargo, todos mis familiares hablan mal de él. Le tratan como a un inútil. Yo no podría ser como él, eso sí que no, sabiendo que durante toda la vida me tratarán como a una tonta y que no me sentiría nunca realizada, y que me opondría a la forma de pensar de mi madre y a la de todos los demás miembros de mi familia. Me muero de miedo solo de pensarlo. Cuando era pequeña y veía que mi forma de pensar no coincidía con la de los demás, no paraba de preguntarle a mi madre por qué ocurría eso, y ella me contestaba invariablemente con alguna incoherencia. Me decía: «Pero qué niña más mala, qué desobediente eres», y hasta me parecía que se ponía triste.

A veces se lo preguntaba a mi padre, y él, al escuchar mi pregunta, simplemente sonreía, sin decir nada. Más tarde me enteré que después iba y le comentaba a mi madre que yo era una niña muy despistada. Con los años, creo que me he ido convirtiendo en una cobarde. He llegado a tal punto que cuando me visto ya estoy pensando en la opinión de los demás. Lo cierto es que amo mi originalidad y me gustaría mostrarla, pero la mantengo oculta porque me da miedo expresarla claramente como algo propio. Me paso el día intentando hacerme pasar por la típica chica de la que todo el mundo pueda pensar que es buena persona. En las reuniones con el resto de la gente, me comporto de una manera de lo más servil. Charlo sobre cosas que en realidad no me interesan, o directamente miento, ocultando mis verdaderos sentimientos. De esta forma, me ahorro muchos problemas. Aun así, me parece algo desagradable. Espero que algún día la moral de la gente cambie. Entonces, toda esta vida aburrida y repleta de servilismo desaparecerá y no tendré que volver a vivir preocupada continuamente por la opinión de los demás.

¡Ah!, allí hay un asiento libre. Rápidamente bajé el paraguas y mis cosas del portaequipajes y me senté. A mi derecha, había un estudiante de secundaria y a mi

izquierda una mujer que llevaba su bebé a espaldas con una chaqueta gruesa que les cubría a los dos. A pesar de ser bastante mayor, la mujer iba muy maquillada y llevaba un peinado muy a la moda. Tenía un rostro bonito, pero en su cuello se podían adivinar algunas arrugas bastante profundas. Me dio la sensación de que era una persona miserable, tan desagradable que hasta me entraron ganas de abofetearla. Supongo que la forma de pensar del ser humano cambia totalmente dependiendo de si uno está de pie o sentado. No sé si tendrá relación, pero cuando estoy sentada, suelo pensar en cosas superficiales y sin ninguna importancia. Frente a mí había cuatro o cinco hombres de negocios sentados. Tendrían la misma edad todos ellos, alrededor de unos treinta años. No había ninguno que me gustara. Tenían los ojos turbios y miraban al suelo, apáticos. Supongo que si les hubiese sonreído en ese momento, puede que me hubiese visto arrastrada a casarme con alguno de ellos. Solo por esa razón. Para las mujeres, una sonrisa es suficiente para sellar su destino. Qué miedo. Tendré cuidado con sonreír a la gente.

Luego me dio por pensar en cosas muy raras. Llevo un par de días obsesionada con el rostro del jardinero que

viene a cuidar el jardín de casa. Es un jardinero como cualquier otro, está vestido de jardinero y tiene apariencia de jardinero de los pies a la cabeza. Pero en su cara falla algo. Tiene una cara que hace difícil que una se trague así como así que se dedica a lo que se dedica. Exagerando un poco, podría decirse que tiene cara de filósofo. Además, al ser moreno, resulta bastante atractivo. Pero lo mejor de él son sus ojos. También tiene las cejas bonitas. Su nariz es respingona, ese tono de piel, no le queda mal y da toda la impresión de que es una persona resuelta. Sus labios también están bastante bien, aunque las orejas las tiene un poco sucias. Fijándose en las manos, uno sí que le reconocería como un jardinero, pero su cara, velada por ese sombrero elegante que suele llevar, me hace sentir lástima por él. Le comenté a mi madre en varias ocasiones que dudaba de si ese hombre había sido jardinero toda su vida y, al final, acabó regañándome. El *furoshiki*[7] que cogí hoy para guardar mis cosas fue un regalo de mi madre. Me lo dio justo el día en el que el jardinero nos vino a visitar por primera vez. Aquel día estuvimos limpiando la casa a fondo. También estaban el carpintero que nos arregló la cocina y unos tipos que vinieron a cambiar el suelo de tatami. Mi madre estuvo

7 Pañuelo típico que se usa para envolver y transportar objetos con facilidad.

ordenando el interior de las cómodas, y dentro de un cajón encontró este *furoshiki* y entonces me lo regaló. Es un *furoshiki* precioso y muy femenino. Es tan bonito que me da pena tener que hacerle un nudo para guardar las cosas dentro.

Allí sentada, lo posé sobre mi regazo y me dediqué a mirarlo de vez en cuando y a acariciarlo, como ausente. Me hubiese gustado que todos los que viajaban conmigo en el tren se hubiesen fijado en él, pero nadie lo miró. Pensé que si algún hombre se fijase en este *furoshiki*, aunque fuera solo por un instante, podría llegar incluso a casarme con él. La palabra instinto hace que me entren unas ganas irreprimibles de llorar. La grandeza del instinto, cuya fuerza no podemos manipular. Pensar en ello a raíz del tipo de cosas que me ocurren hace que enloquezca automáticamente. Pienso en qué debo hacer y me distraigo. No me permite negar ni afirmar, es como algo enorme que de repente me envuelve y me arrastra a su voluntad. Por una parte, estoy conforme con dejarme llevar, pero por otro lado lo observo y me entra una enorme tristeza. ¿Por qué no nos satisface pasar toda la vida amándonos solamente a nosotros mismos? Es lamentable ver cómo la razón va desapareciendo poco

a poco. Me decepciona cuando el instinto aniquila mis sentimientos y hace que me olvide de mí misma, de quién soy, aunque solo sea por un instante. Casi me entran ganas de llorar solo de pensar que mi yo racional y mi yo pasional se guían claramente por un instinto que no sé si está equivocado. Me entran unas ganas tremendas de llamar a mis padres, de gritar su nombre a los cuatro vientos. Sin embargo, puede que la verdad que busco se encuentre oculta en algún lugar desagradable. Lo cual, naturalmente, también me parece lamentable.

En estos pensamientos estaba cuando finalmente llegamos a la estación de Ochanomizu. En el andén noté que todo lo que había pensado hasta ese momento se me había olvidado ya, pero me dio lo mismo. Intenté acordarme de lo que había estado pensando, pero no lo conseguí. Me puse nerviosa intentando retomar el hilo de mis pensamientos, pero no me vino nada a la mente. Nada. Mi mente estaba vacía. De vez en cuando me da la impresión de que he tenido ideas que me han impresionado, otras que me han hecho sufrir y otras que me han hecho sentir mucha vergüenza, pero que al final es como si no hubiese pasado nada. El instante, el ahora, eso sí que es interesante. Ahora, ahora, ahora. Cada

«ahora» que señalo con el dedo se va volando lejos para dejar paso a un nuevo «ahora». «Vaya, ¿¡esto qué es!?», pensé mientras bajaba las escaleras del puente. Menuda idiotez. A lo mejor es que soy demasiado feliz.

Esta mañana, la profesora Kosugi estaba muy guapa. Es tan bonita como mi *furoshiki*. Le sienta muy bien el color azul. El clavel carmesí que llevaba en el pecho también llamaba la atención. Aunque me gustaría mucho más si no actuase tanto. Creo que finge demasiado. Adopta una pose forzada. Seguro que debe de acabar agotada de hacer de sí misma todo el día. Su carácter también es algo complicado. A lo largo del tiempo, he descubierto que tiene muchos aspectos difíciles de entender. Se puede intuir en ella un carácter sombrío que oculta con dificultad bajo esa alegre forma de actuar que tiene. A pesar de ello, es una mujer muy atractiva. Me da pena que no haya llegado a ser nada más que una simple profesora de instituto. Y aunque ya no tenga tanto éxito entre mis compañeras, a mí me sigue gustando igual que el primer día. Da la impresión de ser una de esas damas que viven en un antiguo castillo junto a un lago situado en medio de una montaña. Vaya, creo que la he elogiado demasiado. ¿Por qué las clases de la profesora

Kosugi son siempre tan serias? ¿Acaso será un poco tonta? Me da lástima. Lleva ya un tiempo hablándonos sobre el patriotismo, y no se da cuenta de que es algo que ya teníamos claro desde antes de que nos lo empezase a explicar. Es natural que cualquiera sienta afecto por el lugar donde ha nacido. Me aburre.

Con la mejilla apoyada en la mano, acodada sobre el pupitre, me dediqué a mirar por la ventana. Las nubes estaban muy bonitas, quizá porque el viento soplaba fuerte en el cielo. Habían florecido cuatro rosas en un rincón del patio. Una amarilla, dos blancas y una rosa. Contemplando embobada las flores, llegué a la conclusión de que en verdad existe algo bueno y hermoso en el corazón de los seres humanos. Los que han sabido apreciar la belleza de las flores son humanos, y los que aman las flores también lo son.

Durante el almuerzo, estuvimos contando historias de miedo. Nos pusimos a gritar y a armar bulla cuando Yasubē contó la historia de «*La puerta que no se abre*», que es una de las siete historias paranormales de nuestro

instituto[8]. La historia tenía un toque bastante psicológico, no era la típica historia de fantasmas. Como nos inquietó tanto, y a pesar de que acabábamos de comer, nos entró un hambre atroz. Enseguida, la Señora Bollo me dio un caramelo de dulce de leche. Tras eso retomamos de nuevo las historias de miedo. Parece que a todo el mundo le interesan este tipo de historias. ¿Constituirá algún tipo de estímulo? Luego dejamos el tema de los fantasmas y alguien contó un chisme sobre Fusanosuke Kuhara[9]. ¡Qué bueno! Me reí a carcajadas cuando me lo contaron.

Por la tarde, en clase de dibujo, salimos al patio para dibujar el paisaje. ¿Por qué el profesor Itō será tan aficionado a ponerme en apuros siempre que se le presenta la ocasión? De nuevo he tenido que hacer de modelo para su dibujo. Como mi paraguas causó sensación entre las chicas de clase, se armó tanto bullicio que el profesor Itō se enteró y me hizo posar sujetándolo del mango al lado de las rosas del rincón del patio. El profesor dijo que me iba a hacer un retrato y que lo iba a presentar a un concurso. Acepté posar para él, pero solo durante

8 En Japón es común juntar siete leyendas urbanas de un lugar en concreto y llamarlas las Nana Fushigi (siete rarezas, cosas inexplicables).

9 Fusanosuke Kuhara (1869–1965) fue un hombre de negocios y político sindicalista japonés.

media hora. Es agradable ayudar a la gente, aunque sea solo un poco. Pero la verdad es que también me cansa mucho estar a solas con él. Es muy insistente en todo lo que dice, y se pasa el rato soltando teorías y más teorías. Además, mientras me dibuja no hace más que hablar sobre mí. ¿Será porque le impongo respeto? Casi nunca le respondo, me da pereza. Se nota a la legua que es una persona insegura. Se ríe de forma extraña y, aun siendo profesor, hay veces en las que hasta se sonroja. Cuando le veo comportarse así, me entran ganas de vomitar. ¡*Puaj*! No soporto cuando me dice que le recuerdo a su hermana pequeña fallecida. Imagino que será una buena persona en el fondo, pero detesto su comportamiento, repleto de gestos superficiales.

Hablando de gestos de ese tipo, reconozco que yo también tengo muchos, quizás todavía más que él. Además, en mi caso puede que incluso yo actúe con más astucia si cabe. La verdad es que soy bastante presumida. A veces suelo pensar que finjo demasiado y luego me veo arrastrada por esa pose que me he creado yo misma. Me estoy transformando en una auténtica mentirosa. Aunque esto también lo finjo. No sé qué hacer.

«Quiero ser natural, quiero ser sincera», recuerdo que pensaba con todas mis fuerzas mientras posaba en silencio para el profesor. ¡Basta ya de leer tantos libros! Mi vida se está llenando de ideas sin sentido, me he convertido poco a poco en una persona pedante y orgullosa. Qué humillación. Te pones a pensar en las cosas que te atormentan, en que no tienes objetivos, en que deberías tomar una parte más activa en tu propia vida o en que te contradices a ti misma, hasta que descubres que no se trata más que de simples emociones. En realidad, con esto no haces más que engañarte consolándote a ti misma. Supongo que tengo demasiada autoestima.

Y ahí estaba yo, haciendo de modelo pero con un corazón tremendamente sucio en mi interior. Estoy segura de que el dibujo del profesor no recibirá ningún premio. No puede salir nada bueno de él con lo mala persona que soy yo. Sé que no debería decir esto, pero no puedo dejar de pensar que el profesor Itō es un poco tonto. Ni siquiera es consciente de que tengo una rosa bordada en mi ropa interior.

Mientras estaba allí de pie y en silencio, en la misma postura y aburrida, noté que me entraban unas ganas incontrolables de tener mucho dinero. Tan solo con diez

yenes bastaría. Me encantaría leer a Madame Curie. Luego, de repente, sin venir a cuento, me vino un deseo feroz de que mi madre llegase a vivir muchos años más. En cierto modo, es durísimo posar para el profesor. Me quedé agotada tras la sesión.

Después de clase, fui a escondidas con Kinko, la hija del monje budista, a la peluquería Hollywood a que nos hiciesen un peinado bonito. Al terminar, como no me dejaron el pelo como les había pedido, me sentí algo deslucida. De todas formas, hay que reconocer que no soy nada guapa. ¡Vaya decepción! Tras el episodio de la peluquería me quedé totalmente desanimada. Y más por el arrepentimiento que me entró por haber ido a escondidas a un lugar así para que me peinasen y me dejasen así de fea. Me sentía como una gallina sucia y desplumada, y peor aún, como si me hubiera tratado a mí misma con frivolidad. Kinko se emocionó y empezó a fantasear. «¿Y si fuese así a un *miai*[10]?» Empezó a decir montones de barbaridades por el estilo y me dio la sensación de que de verdad iba a asistir a uno. «¿Qué tipo de flores quedarían bien con este peinado?». «Si voy

10 Tradición japonesa similar a los matrimonios concertados occidentales. Se realizan (aunque cada vez con menos frecuencia) con el objetivo de que ambas familias mantengan sus estatus sociales y económicos.

vestida con kimono, ¿qué tipo de *obi*[11] debería elegir?» Y así. Lo peor es que hablaba como si de verdad lo dijese en serio.

De verdad, Kinko es una chica encantadora pero no tiene nada en la cabeza. Le pregunté riéndome que con quién sería la presentación, a lo que ella contestó tranquilamente: «Dicen que cada uno es bueno en su negocio». Le pregunté sorprendida qué significaba aquello y me contestó que las hijas de los monjes de un templo están predestinadas a casarse con los hijos de un monje de algún templo vecino. De esta forma, no tendrán que preocuparse nunca por el dinero. Me sorprendió su afirmación. Me da la impresión de que Kinko no tiene mucha personalidad. Debe de ser por eso que es tan femenina. Solo por el hecho de que nos hayan sentado juntas en clase, y a pesar de que yo no la esté tratando con especial cariño, ella va diciendo por ahí que soy su mejor amiga. ¡Qué chica tan encantadora! Estoy agradecida de que se preocupe tanto por mí y de que me escriba cada día, pero hoy ya se estaba entusiasmando demasiado y me estaba empezando a cansar.

---

11 Tela que se usa como cinturón cuando se viste con kimono.

Me despedí de ella y cogí el autobús. Siento algo que, no sé, algo como de lástima, en general. En el autobús había una mujer bastante desagradable. Llevaba puesto un kimono con la parte del cuello sucia y tenía el pelo rojizo y alborotado, sujeto en un moño con un palito. También tenía las manos y los pies sucios. Además, tenía una cara que hacía difícil distinguir si era hombre o mujer, como irritada, y de un color rojo negruzco. Y…, ah, me entran náuseas solo de pensarlo. Aquella mujer estaba embarazada y a veces se reía sola. Una gallina. Sentí que yo era igual, yo había ido a escondidas a la Hollywood a que me peinasen.

Me recordó vagamente a la señora de esta mañana, la que estaba sentada en el tren a mi lado e iba demasiado maquillada. Ay, pero qué sucias, ¡qué sucias somos las mujeres! Las mujeres somos desagradables. Siendo yo una de ellas, percibo perfectamente la suciedad que tenemos en nuestro interior y en nuestro exterior. Lo odio tanto que me chirrían los dientes solo de pensarlo. Es como ese olor tan insoportable a pescado que se te pega después de tocar los peces de colores: siento como si tuviese ese olor pegado por todo mi cuerpo. Aunque me lavara una y otra vez, no se me quitaría. Pensando en cómo día tras día mi cuerpo va emanando este olor

corporal de hembra, cada vez más y más intenso, me entran ganas de morirme. De pronto, desee tener alguna enfermedad. Si cayera gravemente enferma y adelgazara mucho a causa de haber sudado excesivamente, puede que llegara a alcanzar un estado total de pureza. Siento que poco a poco voy entendiendo mejor el significado de la religión.

Al bajar del autobús, me sentí algo mejor. No me gusta estar subida a los autobuses. Dentro, el aire es tibio e insoportable. Prefiero estar en tierra firme, pisar con los pies el suelo. Me gusto a mí misma cuando camino y voy pisando la tierra, aunque me da la impresión de que soy un poco despistada. Una persona descuidada.

> «Volviendo a casa, volviendo,
> ¿qué voy viendo mientras vuelvo?
> Las cebollas de los huertos voy viendo.
> Cantan las ranas, volviendo».

Y así fui cantando en voz baja hasta que me di cuenta de que mi comportamiento estaba siendo demasiado irritante. Qué infantil. Me odio a mí misma. Crezco físicamente pero no maduro. A partir de ahora me comportaré como una buena chica.

Como recorro todos los días el mismo camino para volver a casa, ya ha perdido para mí toda la belleza que pudo haber tenido en un principio. Solo hay árboles y más árboles, sendas para arriba, sendas para abajo, y huertos y nada más que huertos. Hoy, para variar, intenté hacer como si fuese una persona que viene de fuera y visitara la zona por primera vez. Veamos, soy la hija de un zapatero de Kanda que se adentra en las afueras por primera vez en su vida. Entonces, ¿qué impresión sacaría del sitio? ¡Qué idea tan buena! Qué idea tan patética. Me puse seria y miré a mi alrededor fingiendo una inseguridad exagerada.

Mientras bajaba por una pequeña alameda, me fijé en las ramas con hojas frescas que apuntaban hacia arriba. «¡Vaya!», exclamé en voz baja. Cuando pasé por el puente me asomé al arroyo y me quedé mirando mi reflejo un buen rato. «*¡Guau, guau!*», ladré imitando a un perro. Mientras miraba los huertos que había a lo lejos, entorné los ojos y me relajé. «Ay, me encanta», murmuré con un suspiro. Descansé un poco junto al templo sintoísta. El bosque que hay junto a él está muy oscuro, por lo que me levanté precipitadamente y exclamé: «¡Uy, qué miedo!». Me encogí de hombros, lo atravesé a toda prisa y al salir y ver la luz hice como si me sorprendiese.

Al cruzar por este camino rural, y tratar de verlo como si fuese algo nuevo para mí, totalmente nuevo, de repente empecé a sentirme muy sola. Al final, me senté con desgana en una pradera que había a un lado del camino. Allí sentada, desapareció aquel sentimiento que me había acompañado hasta hacía un momento; desapareció como haciendo *¡tin!*

De pronto me puse muy seria y comencé a pensar en mi actitud de estos últimos días. ¿Por qué soy tan desagradable últimamente? ¿Por qué tengo tanta ansiedad? Siempre hay algo que me da miedo. El otro día me dijeron: «Cada vez te estás volviendo más vulgar, ¿no crees?». Puede que sea cierto. La verdad es que me estoy volviendo una chica bastante negativa. Me he convertido en una estúpida, vaya. ¡Qué mal, qué mal! ¡Qué débil soy! «¡Ah!», casi grité con todas mis fuerzas. Chasqueé con la lengua. Aunque intentes disimular lo cobarde que eres, con un grito así no conseguirás solucionar nada. Haz algo más. Quizá me haya enamorado de alguien. Me tumbé boca arriba.

«Papá», le llamé muy bajito. Papá… El cielo del atardecer está muy bonito y la niebla es de color rosa. Será

porque la luz del sol poniente se perdió y se difuminó, por eso la niebla tenía ese ligero color rosado.

Aquella niebla rosa fluía lentamente por entre los árboles, pasaba por encima del camino, acariciaba la pradera y envolvía mi cuerpo suavemente. Hasta el último mechón de mi cabello quedó iluminado por ella. Pero lo que más me llamó la atención fue que el cielo estaba precioso. Por primera vez en mi vida, quise expresarle mis respetos a aquel cielo. Justo en ese momento supe que creía en Dios. Ese color, el color de aquel cielo, ¿cómo se llamará? El color de una rosa. El de un incendio. El del arcoíris. El de las alas de un ángel. El de un monasterio. No, no era ninguno de esos colores tan vulgares. Era algo todavía más divino.

Pensé con tanta fuerza: «Quiero amar a todo el mundo», que casi me entraron ganas de llorar. Contemplando el cielo fijamente, pude ver cómo iba cambiando poco a poco. Cada vez se tornaba más azul. Yo no hacía más que suspirar, y me entraron ganas de desnudarme allí mismo. Además, las hojas y la hierba nunca me habían parecido tan hermosas. Las toqué con cuidado.

Me gustaría poder llevar una vida hermosa. Cuando llegué a casa vi que teníamos invitados. Mi madre también había vuelto. Se reían de algo, como siempre. Cuando mi madre está a solas conmigo y se ríe, aunque su cara exprese una gran alegría, lo hace en silencio. Sin embargo, cuando atiende a los invitados, su cara no expresa alegría en absoluto, pero se ríe con voz muy aguda. Les saludé e inmediatamente salí a la parte trasera de casa para lavarme las manos en el pozo. Cuando me quité los calcetines y comencé a lavarme los pies, vino el pescadero y nos dejó un gran pescado junto al pozo. «¡Aquí tienes, muchas gracias!», me dijo. No sé cómo se llamaría aquel pescado, pero por sus pequeñas escamas me dio la impresión de que debía de venir por lo menos del mar del norte.

Tras dejar el pescado en un plato y lavarme las manos de nuevo, me vino a la nariz un olor similar al del verano en Hokkaido. Me acordé de que hacía dos años, durante las vacaciones de verano, fui a visitar a mi hermana, que vive allí. En su casa, que está junto al puerto de Tomakomai, siempre huele a mar, imagino que por estar cerca de la playa. Recuerdo la escena: mi hermana preparaba a solas, hábilmente, un pescado en su inmensa

cocina, por la tarde, con sus finas y blancas manos. En aquel momento, no sé por qué, me entraron unas ganas tremendas de que me hiciese caso y me tratase con algo más de cariño, pero por aquel entonces su hijo Toshi ya había nacido, por lo que mi hermana ya no me pertenecía solamente a mí. Notaba que corría un gélido viento entre nosotras y ya no me atrevía a abrazar sus finos hombros. Recuerdo también que, estando de pie en el rincón de aquella cocina ligeramente oscura, me fijaba atónita y desconsolada en la ternura con que sus pálidos dedos se movían. Pero todo eso forma ya parte del pasado, no son más que dulces recuerdos. Es curioso lo que me ocurre con los parientes. Si una persona ajena a la familia se va lejos, cada día su recuerdo se hace más y más débil, y me voy olvidando de esa persona, pero si es un pariente, entonces recuerdo sobre todo los buenos momentos.

Las bayas silvestres que crecen junto al pozo se están empezando a poner coloradas. Quizá dentro de dos semanas ya se puedan comer. El año pasado ocurrió algo curioso. Una tarde, mientras me comía las bayas que recogía, vi a Chapy que me miraba en silencio. Sentí lástima por él y le di una. Entonces se la comió. Le di un par más y también se las tragó. Me hizo tanta gracia

que fui y sacudí el árbol para que cayesen más, entonces Chapy empezó a comérselas todas con ansia. ¡Qué tonto! Nunca había visto un perro que comiese bayas. Seguí comiéndomelas mientras las alcanzaba poniéndome de puntillas. Chapy también siguió comiendo las que estaban en el suelo. Fue gracioso. Al recordarlo, me entraron ganas de verle y le llamé: «¡Chapy!».

Chapy vino corriendo desde la puerta principal, con aire altivo. De pronto, me entraron tantas ganas de hacerle mimos que apreté los dientes con fuerza, le di un tirón del rabo y entonces él me mordió la mano. Casi se me salta una lágrima, así que le arreé un golpe en la cabeza; entonces se fue a beber agua del pozo, haciendo ruido con la lengua como si nada.

Entré en mi habitación. La luz estaba encendida. Todo estaba en silencio. Papá no estaba. Desde que él no está, a veces siento un gran vacío dentro de casa y me entran ganas de quedarme en la cama sola, toda encogida. Me cambié y me puse un kimono. Al quitarme la ropa interior, tuve buen cuidado en darle un besito cariñoso al bordado de la rosa. Cuando me senté frente al tocador, desde el salón se volvieron a escuchar las carcajadas de

mi madre y los invitados. ¡Qué estúpidos! Mi madre, cuando estamos las dos solas, es de lo más agradable, pero cuando vienen invitados a casa se pone distante conmigo y me trata de forma fría e indiferente. Justo en esos momentos es cuando más extraño a mi padre y me pongo triste.

Al mirarme en el espejo me noté el rostro muy vivo. Mi rostro tiene una personalidad aparte, como ajena a mí misma. Se trata de algo que no tiene nada que ver con mi tristeza ni con lo mal que lo paso habitualmente. Hoy ni siquiera me he puesto colorete y, aun así, tengo las mejillas de un tono encarnado. Además, los labios también los tengo rojos, pequeños y brillantes. Estoy guapa. Me quité las gafas y sonreí con dulzura. Mis ojos no están tan mal después de todo. En torno al iris tengo un ligero tono azul clarito. ¿Será por haber estado tanto tiempo fijándome en el hermoso cielo del atardecer? ¡Qué suerte! Aquello me subió un poco el ánimo. Fui a la cocina a limpiar el arroz y entonces me volvió a invadir la tristeza. Echo de menos nuestra anterior casa, la que estaba en el barrio de Koganei. La echo tanto de menos que siento como si me ardiese el pecho cada vez que me acuerdo de ella. En aquella casa tan bonita, papá aún

estaba con nosotras, y mi hermana también. Mi madre era joven, y se reía mucho. Cuando volvía de clase, mi madre y mi hermana solían estar en la cocina o en el salón charlando alegremente. Me preparaban la merienda y me mimaban, y yo me peleaba con mi hermana, y mis padres me regañaban, y yo salía corriendo y me iba muy, muy lejos en bicicleta. Por la tarde volvía y cenábamos como si nada hubiera pasado. La verdad es que lo pasaba de maravilla. No me preocupaba tanto de mí misma ni tenía que comportarme de manera extraña. Simplemente era una niña. ¡No me daba cuenta de lo privilegiada que era! No tenía preocupaciones, no me sentía sola, no sufría. Papá siempre fue un padre excelente. Mi hermana era muy cariñosa y yo iba siempre detrás de ella. Pero según fui creciendo, mi forma de ser fue empeorando. Sin darme cuenta, mis privilegios fueron desapareciendo y yo me quedé indefensa. ¡Qué mal! Ya no puedo hacer que los demás estén tan pendientes de mí como antes, y no hago más que abstraerme. Y eso, claro está, no ha hecho más que aumentar este sufrimiento que me atenaza constantemente.

Entonces mi hermana se casó y se fue de casa, y luego mi padre se murió. Mi madre y yo nos quedamos

solas. Imagino que se siente muy triste. El otro día me dijo: «Ya no me quedan alegrías en esta vida. Para serte sincera, verte a ti tampoco es que me alegre mucho. Perdóname. ¿Qué sentido tiene la felicidad si no la voy a poder compartir con tu padre?». Dice que se acuerda de él cuando empieza a haber mosquitos y también cuando descose la ropa, e incluso cuando se corta las uñas. También se acuerda de él cuando el té está bueno. Aunque le trate con respeto y charle con ella, en el fondo es totalmente distinta a como era mi padre. El amor conyugal debe de ser una de las cosas más fuertes del mundo, incluso todavía más valioso que el amor de la familia.

Al verme reflexionando de una forma tan adulta para mi edad, me sonrojé y, con la mano mojada, me retiré el pelo hacia atrás. Lavando el arroz con buen ritmo, empecé a sentir mucho afecto hacia mi madre y pensé, de todo corazón, en que debería cuidarla más. Me voy a cambiar el peinado, voy a parar de ondularlo y voy a dejármelo mucho más largo. Como a mi madre nunca le ha gustado que lleve el pelo corto, voy a dejarlo muy largo para poder así recogerme de alguna manera bonita y que a ella le guste. Lo cierto es que tampoco quiero llegar hasta

ese punto solo para que esté contenta. No es agradable. Pensándolo bien, la irascibilidad que estoy teniendo últimamente tiene bastante que ver con mi madre. Me gustaría ser de esas hijas que comparten la manera de pensar de sus madres, pero tampoco quiero estar todo el día halagándola de manera exagerada. Me gustaría que me comprendiese sin que yo tuviese que darle explicaciones de ningún tipo y que me dejase vivir tranquila. Aunque yo pueda resultar bastante egoísta a veces, jamás haría nada que la perjudicase. Además, aunque sea duro y me pueda sentir sola, siempre respetaré lo más importante. Quiero mucho, mucho, muchísimo a mi madre y a esta familia, así que ella también debería creer plenamente en mí y no preocuparse tanto. Encontraré la mejor solución a nuestras diferencias, seguro. Me esforzaré al máximo. Para mí eso supondría un inmenso placer, pero mi madre no se fía nada y todavía me trata como si fuera una niña pequeña. Incluso se alegra en cierto modo cuando me comporto de manera infantil.

Para muestra, la tontería que hice el otro día. Cogí mi ukelele y empecé a tocarlo. Pompón, pompón… Me comporté como una niña pequeña adrede y entonces mi madre me dijo muy contenta: «¡Anda! ¿Está lloviendo?

Se puede oír cómo caen las gotas de agua en el patio». Se hacía la tonta para gastarme una broma creyendo que yo de verdad estaba entusiasmada con el ukelele; me pareció realmente lamentable y me entraron ganas de llorar. ¡Mamá, yo ya soy adulta! Ya sé todo lo que una tiene que saber sobre el mundo. Cualquier duda que tengas, por favor, házmela saber. Si tuvieses la confianza de decirme que nuestra situación económica no es la que era, no te molestaría pidiéndote zapatos ni nada por el estilo. Sería una persona de confianza muy, muy modesta. De verdad te lo digo. Y sin embargo… Ay, sin embargo… De pronto me acordé de que había una canción así y se me escapó una carcajada. Pero fue muy silenciosa.

Me di cuenta de que estaba distraída pensando en una cosa tras otra con las manos metidas en la olla. Debía de parecer una tonta.

¡Mal, mal! Tuve que darme prisa en prepararle la cena a los invitados. ¿Qué podía hacer con el pescado grande que nos acababan de traer? Por si acaso, lo dejé fileteado y cubierto de miso. Pensé que así quedaría bastante bueno. En la cocina lo mejor es usar la intuición. Nos quedaba algo de pepino, así que lo empapé en vinagre, salsa de

soja y mirin[12]. Y luego hice una tortilla, mi especialidad. Después, un plato más. «¡Ah, sí! Voy a hacer un plato rococó», pensé. Es un plato que me inventé. Jamón cocido, huevo, perejil, repollo, espinacas… todo lo que queda por la cocina suelo colocarlo de forma bonita y lo sirvo. No requiere de una gran preparación, es muy económico y, aunque no es muy sabroso, le da a la mesa un toque alegre y colorido, como si fuese una gran comida de lujo. Una hojita verde de perejil detrás del huevo, una loncha de jamón cocido asomando como si fuese un coral rojizo, las hojas de un repollo colocadas como si fuesen pétalos de peonía o un abanico hecho con plumas de ave y una hoja de espinaca de color verde intenso con forma de pasto o incluso de lago. Al servir dos o tres de estos platos, los invitados evocan de pronto la Francia Borbónica del siglo XVII. Bueno, en realidad no es para tanto, pero como no sé cocinar platos tan deliciosos como los de los cocineros de verdad, al menos los intento dejar bonitos para sorprender a los invitados y así lo disimulo. Es lo que yo digo siempre: lo más importante de la cocina es la apariencia del plato. Sin embargo, para preparar este plato rococó

12 Condimento dulce japonés hecho a base de vino de arroz, pero con bajo contenido de alcohol.

es necesario tener cierta sensibilidad artística. Si no se presta particular atención a la combinación cromática, el plato puede resultar un desastre. Como mínimo se ha de tener la misma delicadeza que yo tengo para hacer las cosas. El otro día busqué en el diccionario la definición de la palabra «rococó» y me entró la risa porque ponía que era un estilo de decoración recargado e insustancial. Es una buena definición, aunque a mí no me interesa buscarle una explicación a la belleza. La belleza pura siempre carece de sentido y de moral. Eso está claro. Por eso me gusta tanto el rococó.

Siempre me pasa igual. Mientras cocino y voy degustando los sabores, me invade una terrible sensación de vacío. Me muero de cansancio y me pongo melancólica. Cualquier esfuerzo por mi parte me abruma. Todo empieza a darme igual, ya nada me importa. Al final, me abandono a la desesperación y me despreocupo totalmente por el sabor y la apariencia, lo termino todo de manera precipitada y desordenada y se lo sirvo a los invitados de mal humor.

Los invitados de hoy me deprimían especialmente. Era el matrimonio Imaida, de Ōmori, y su hijo Yoshio,

que cumple siete este año. El señor Imaida tiene casi cuarenta años y aún así mantiene una piel blanquecina, como si todavía fuese un joven atractivo. ¡Qué asco! ¿Por qué fumará Shikishima[13]? Los cigarrillos con filtro transmiten una indudable sensación de suciedad. El tabaco debe fumarse sin filtro. Basta con que vea a alguien fumando Shikishima para que empiece incluso a dudar de su personalidad. El señor Imaida no hacía más que echar humo para arriba exclamando cosas como: «Ajá, ajajá, comprendo». Parece ser que ahora trabaja de profesor en una escuela nocturna. Su esposa es pequeña, cohibida y vulgar. Con cualquier comentario, aunque sea sobre algo aburrido, se retuerce de risa casi revolcándose por el suelo. A mí no me hacen nada de gracia esas cosas que tanto le divierten a ella. Lo mismo se piensa que reírse de esa manera tan exagerada por cualquier cosa es algo elegante. En el mundo en el que vivimos, esta clase de gente resulta ser la peor. La más sucia. ¿Cómo los llaman? ¿*Petite bourgeoisie*? Es ese tipo de gente que por cobrar un sueldo medianamente alto ya se creen superiores al resto. El hijo también es un pedante que no tiene ni pizca de coraje. Aun así, me contuve y sonreí, charlé con ellos y

13 Marca de cigarrillos japonesa con un filtro compuesto por un pequeño tubo en lugar de una esponja, como es común. Hoy en día ya no se fabrican.

le dije a Yoshio lo mono que era mientras le acariciaba la coronilla. Les estuve mintiendo a todos descaradamente durante un buen rato, así que puede que después de todo resultaran ser bastante inocentes comparados conmigo. Todos comieron mis platos rococó y alabaron mi arte culinario. Me sentí desolada e irritada, tanto que me entraron ganas de echarme a llorar. No obstante, fingí estar alegre y me puse a comer junto a ellos, pero los continuos halagos necios de la señora Imaida me empezaron a molestar, por lo que me puse seria, decidí no mentir más y les dije:

—Estos platos no son nada deliciosos. Como no nos quedaba nada en la cocina improvisé esto como último recurso.

Mi intención fue decirles la verdad, pero ellos empezaron a reírse casi aplaudiéndome y repitiendo:

—Último recurso, dice. ¡Qué graciosa!

Tal era mi frustración que me entraron ganas de empezar a llorar a gritos y de tirarles a la cara los palillos y los cuencos. Empecé a sonreír aguantando toda mi rabia. Incluso mi madre se unió a ellos y dijo:

—La niña está resultando ser una gran ayuda en casa, ¿saben?

Mi madre, a pesar de haber intuido perfectamente mi tristeza, dijo esto sonriendo para agradar a los Imaida. Mi madre, cuando atiende a sus invitados, no es mi madre. Se convierte en una mujer débil. ¿Acaso se tiene que arrastrar tanto solamente por haber perdido a su marido? Me sentí miserable. Las palabras no acudían a mi boca. ¡Váyanse a su casa ya, por favor, váyanse ya, señores Imaida! Mi padre era un gran hombre. Además de amable, era una persona muy noble. Quieren burlarse de nosotras porque mi padre ya no está, váyanse ahora mismo, por favor. Me entraron muchas ganas de gritárselo al señor Imaida a la cara. Pero, al fin y al cabo, soy débil, así que le corté el jamón cocido a Yoshio y le pasé las verduras en conserva a su madre.

Tras terminar la cena, fui corriendo a la cocina y me puse a recoger. Quería quedarme sola lo antes posible. No es que sea una engreída, pero me parece un esfuerzo inútil atender a la conversación y reírme con esa gente. Ni siquiera consideré necesario tratarles con cortesía. No, no. No debería hacerlo y no lo hice. Ya había tenido

bastante por esta noche. Yo ya había hecho todo lo que podía. Hasta mi madre parecía muy contenta de verme atendiéndoles amablemente mientras aguantaba sus estupideces.

¿Habrá sido suficiente todo aquello para agradarla? No sé qué sería lo correcto, si amoldarme a la situación separando mis sentimientos y emociones de las relaciones sociales y dar una buena imagen o, por el contrario, aunque pudieran llegar a hablar mal de mí, actuar sin ocultar mi verdadera personalidad con todo lo que eso conlleva. Envidio a las personas que tienen la suerte de poder llevar una vida tranquila junto a gente igual de débil, amable y tierna que ellos mismos. A pesar de que fuese posible llevar una vida sin sufrimiento, decidí que no me atormentaría con este tipo de cosas. Eso estaría mucho mejor. No dudo de que sería bueno ser algo más hospitalaria, aunque fuera a costa de ocultar mis sentimientos, pero si en un futuro me obligasen a escuchar con atención todos los días a gente como los Imaida y reírles las gracias, creo que me volvería loca.

Supe que no podría vivir en una prisión. Es más, no podría ni siquiera trabajar como sirvienta. Tampoco

podría ser la esposa de nadie. Bueno, no, ser esposa, casarse, es algo distinto. Si alguna vez decidiese dedicar toda mi vida a una sola persona, por duro que fuese, haría todo lo que estuviese en mi mano para que funcionara. Lo haría lo mejor que pudiera porque justo ahí reside el placer de vivir, justo ahí reside la esperanza de un mundo mejor. Es algo natural. Trabajaría sin parar, desde por la mañana hasta que llegara la hora de acostarse. Haría la colada una y otra vez, sin descanso. Las veces que hiciera falta. Una de las cosas más desagradables del mundo es que se te acumule un montón de ropa sucia para lavar. Eso no ocurriría. Es algo que me pondría muy nerviosa. Siento como que no puedo morir tranquila si no lo he lavado todo primero. Cuando termino de lavar hasta la última prenda y la cuelgo en el tendedero, siento que ya puedo descansar en paz.

En esto, los Imaida se fueron. Dijeron que tenían algo que hacer y mi madre les acompañó a la puerta. Que mi madre les acompañe sin rechistar me molesta, pero el hecho de que el sinvergüenza de Imaida se aproveche de ella para cualquier cosa, que no es la primera vez que lo hace, me molesta mucho, muchísimo, tanto que me entran ganas de darle un bofetón. Sin embargo, los

acompañé pacíficamente hasta la puerta y me quedé allí sola mientras la calle se iba oscureciendo; de nuevo me entraron unas ganas horribles de llorar.

En el buzón estaba el periódico de la tarde, además de dos cartas. Una era publicidad de las rebajas de verano de Matsuzakaya[14] para mi madre y la otra era para mí, de mi primo Junji. Era una carta sencilla en la que me anunciaba que dentro de poco le trasladarían al regimiento de Maebashi, en la prefectura de Gunma. También mandaba un saludo para mi madre.

Al ser un oficial del ejército, no creo que mi primo Junji lleve una vida muy agradable que se diga, pero envidio su disciplina y la formación que recibe. La suya es una vida estricta sin las trivialidades del día a día que a mí me amargan. Junji siempre tiene muy claro lo que debe hacer en cada momento, e imagino que debe de ser muy reconfortante para uno mismo que eso ocurra. En mi caso, si no quiero hacer algo no tengo a nadie que me obligue. Hago las travesuras que me da la gana, incluso, si me entran ganas de estudiar, sé que tengo casi todo el

14 Uno de los almacenes más grandes de Japón. Hoy cuenta con tiendas en el extranjero. Se fundó en 1611.

tiempo del mundo para ponerme a ello. Cualquier deseo que tenga, confío en que acabará haciéndose realidad. Es de imaginar lo que podría ayudar en mi formación el que me exigiesen al menos un poco de esfuerzo. Sin duda agradecería que me atasen con más firmeza.

Hace poco leí en un libro que el mayor deseo de los soldados que están luchando en el campo de batalla es poder dormir profundamente. Siento lástima por los soldados y por todo lo que tienen que sufrir, pero por otra parte les tengo bastante envidia. La idea de que lo único que anhelan esos chicos en el mundo es poder dormir un poco, dejando de lado todo pensamiento absurdo, desagradable y complicado, me parece verdaderamente impecable y simple. Solo de imaginar su situación siento un gran placer. Quizá me viniese bien pasar una temporada en el ejército para hacerme más fuerte y así poder convertirme en una chica decidida y noble.

Por otro lado, también hay gente que no ha participado en ninguna batalla. Gente sincera como Shin. Cuando constato este hecho, no puedo dejar de pensar que soy una auténtica inútil. Soy una chica mala. Shin es el hermano menor de Junji y tiene la misma edad que yo. ¿Cómo puede ser tan buena persona? De todos mis familiares,

no, de toda la gente que conozco en el mundo, Shin es sin duda quien mejor me cae. Shin es ciego. ¡Qué tragedia perder la luz de los ojos a una edad tan temprana! En las noches serenas como hoy, estando solo en su habitación, ¿cómo se sentirá? En nuestro caso, aunque estemos tristes, siempre podemos distraernos leyendo un libro o contemplando el paisaje, pero Shin no puede hacer nada de eso. Tan solo puede aguantar su tristeza en silencio. Hasta hace poco, se esforzaba mucho en los estudios, era bueno jugando al tenis y nadaba bastante bien, pero ahora ¿cómo serán su soledad y su sufrimiento? Anoche, también pensando en Shin, me quedé cinco minutos con los ojos cerrados al acostarme. Aunque estuviese dentro de la cama, aquellos cinco minutos con los ojos cerrados se me hicieron eternos y sentí como si me estuviese ahogando. Shin ya no podrá ver nunca nada, ni por la mañana, ni por la tarde, ni por la noche. Nunca. Me gustaría que se sincerase conmigo y me contase qué le molesta. Me gustaría que se enfadase alguna vez o que se comportase de un modo más egoísta. Pero Shin nunca dice nada. Nunca lo he escuchado hablar mal de nadie ni quejarse. Además, siempre habla de forma muy pausada y utiliza un lenguaje muy positivo. Este tipo de cosas hacen que me estremezca.

Pensando en todo aquello, barrí las habitaciones y luego me puse a calentar el agua para el baño. Mientras vigilaba el fogón, me senté sobre una caja vacía de mandarinas y terminé los deberes de clase, con la ayuda de la luz que producían las llamas que salían del carbón incandescente. Como el agua tardaba mucho en calentarse, empecé a leer de nuevo mi ejemplar de Bokutō Kidan[15] Nada de lo que hay escrito en esta novela me parece desagradable o sucio. Aun así, hay partes en las que se aprecia bien a las claras la arrogancia del escritor, algo que, bajo mi punto de vista, le resta algo de fuerza a la obra. Además, utiliza conceptos algo anticuados. ¿Será porque el escritor lo escribió ya anciano? De todas formas, a los escritores extranjeros, a pesar de ser muy mayores, no les ocurren este tipo de cosas y lo expresan todo de manera más dulce que nosotros. Ellos no tienen nuestras ataduras. Por eso sus obras son tan agradables. A pesar de todo, esta novela no está nada pero que nada mal. Es relativamente sincera y en el fondo se intuye un poso de serena resignación, lo que le dota de cierta frescura. Entre todas las obras de este escritor, esta es la que más me gusta, sin duda, por lo directa que es. Imagino que

---

15 Novela del escritor japonés Kafū Nagai (1879–1959) publicada en 1937 que narra la historia de amor entre un escritor y una prostituta. La traducción al castellano sería Una extraña historia del este del río.

debe de tener un fuerte sentido de la responsabilidad. Es un escritor con un sentimiento japonés muy arraigado, pero que, sin embargo, transmite todo lo contrario en la mayoría de sus obras, lo que bajo mi punto de vista las hace muy pesadas. Supongo que le gustará parecer malvado en cierto modo. Suele ocurrirle a la gente que es demasiado amorosa. Aparenta ser un rebelde y eso le resta fuerza a su obra. Pero aquí, en Bokutō Kidan, se intuye una honestidad tremenda, que casa muy bien con la soledad de los personajes. A mí me gusta.

En esto el agua de la bañera se terminó de calentar. Encendí la luz del cuarto de baño, me quité toda la ropa, abrí la ventana todo lo que pude y me metí en el agua en silencio. Por la ventana, se veía el reflejo de la luz de la lámpara en las hojas verdes de los arbustos. Brillaban las estrellas. Cada vez que miraba, ahí estaban, con su brillo. Mirando a lo alto, embelesada, aunque no lo quisiese, se infiltraba vagamente en mi campo visual la blancura de mi cuerpo. En silencio, empecé a darme cuenta de que era una blancura distinta a la de cuando era pequeña. Sentí mucha lástima de mí misma. Me quedé perpleja al pensar que el cuerpo sigue creciendo y creciendo, independientemente de lo que uno pueda

sentir al respecto. Es un sentimiento insoportable. Me invade la tristeza cuando me doy cuenta de que no puedo detener de ningún modo este crecimiento tan acelerado. ¿No me quedará otra que dejar las cosas como son y contemplar cómo voy envejeciendo sin remedio? Me gustaría quedarme con el cuerpo de una muñeca para siempre. Entonces salpiqué en el agua con fuerza e hice como si todavía fuese una niña, pero eso no hizo más que aumentar mi tristeza. Empecé a sentir que no era capaz de encontrar una razón para seguir viviendo. Noté que me empezaba a asfixiar.

«¡Hermana!» En la pradera que hay junto al jardín, un niño llamó a su hermana llorando. Aquella voz me llegó al corazón. No es que me estuviese llamando a mí, pero sentí envidia de esa hermana por la que todavía hay alguien que derrama lágrimas. Si tuviese un hermano pequeño como ese niño, que me siguiera y que me tratase con cariño, no viviría con esta vergüenza que me consume cada día. Tendría más objetivos en la vida y quizás decidiera dedicarme exclusivamente a cuidarle. A buen seguro aguantaría cualquier sufrimiento. Me puse a fantasear con tanta vehemencia que luego me di cuenta de que me estaba dando mucha lástima a mí misma.

Al salir del baño no pude evitar echarle un último vistazo a las estrellas. No sé por qué esta noche me están llamando tanto la atención. Decidí salir al jardín para poder contemplarlas mejor. Había tantas que parecían estar cayéndose todas sobre mi cabeza. Ah, ya se acerca el verano. Había ranas cantando por las charcas, y el trigo siseaba al mecerse con el viento. Cada vez que alzaba la mirada veía más y más estrellas brillando sobre mí. El año pasado, no, no fue el año pasado, fue hace ya dos años, le insistí a mi padre en que saliésemos a pasear, y él, aunque ya estaba muy enfermo, salió al jardín para acompañarme. Papá siempre mostró una actitud de lo más juvenil. Fue un padre magnífico. Me acompañó ayudándose de su bastón y me enseñó una canción alemana que decía algo así como: «Tú hasta los cien años y yo hasta los noventa y nueve». Me habló sobre las estrellas, improvisó un poema y de vez en cuando escupía al suelo y me guiñaba un ojo. Cada vez que miro fijamente a las estrellas me acuerdo de él. Veo su cara como si la tuviera delante. Pero han pasado dos años desde aquello y poco a poco me he ido convirtiendo en una inútil. Incluso he llegado al punto de tener muchos secretos que nadie conoce.

Finalmente he vuelto a mi habitación y me he sentado frente al escritorio. He apoyado la cara en una mano y he contemplado la flor de lirio que tengo puesta en un pequeño jarrón. Huele bien. Oliendo un lirio es imposible que se me ocurran malos pensamientos, aunque esté sola y aburrida. Fue ayer por la tarde, cuando venía de paseo desde la estación, cuando entré en una floristería y compré este lirio; fue colocarlo, y la habitación me pareció completamente distinta. Da sensación de limpieza y cuando abres la puerta silenciosamente ya sientes el olor a lirio y a tranquilidad. No es posible imaginarse cuánto me ayuda esto. Mirando a la flor me doy cuenta de que ciertamente su poder es mucho mayor que el de la sabiduría de Salomón[16]. De repente me acordé de aquella vez que visitamos Yamagata el verano pasado. Recuerdo que me entusiasmé al ver en la ladera de una montaña muchísimos lirios en flor. Como sabía que no podía escalar aquella pendiente tan empinada, no tuve más remedio que quedarme contemplándolos desde donde estábamos. Justo en aquel momento, un minero al que no conocía y que pasaba por la zona subió rápidamente la pendiente y, en tan solo unos segundos,

16 Hace referencia a un fragmento del Nuevo Testamento donde aparece escrito que ni la sabiduría de Salomón es equiparable a la grandeza de un lirio.

sin decir nada volvió con tantos lirios que casi no pude cargar con ellos. Me los dio todos y se fue sin siquiera dedicarme una sonrisa ni nada. Eran montones de lirios. Supongo que no existe una persona en el mundo que haya recibido tantas flores en su vida, ni siquiera en su boda. Su aroma era embriagador. Nunca en mi vida me había sentido tan mareada. Sujetando con los brazos abiertos y con dificultad aquel ramo tan grande de color blanco, no podía ver nada. ¿Qué estará haciendo ahora aquel joven minero tan amable y atento? Trepó a un lugar peligroso y me trajo flores, eso es todo. Pero cada vez que veo un lirio me acuerdo de él.

Abrí el cajón del escritorio y, rebuscando en su interior, he encontrado un abanico que me regalaron el verano pasado. Sobre el papel blanco aparece dibujada una mujer de la era Genroku[17] sentada incorrectamente al lado dos *physalis* de color verde. Mirando este abanico, empecé a sentir que los recuerdos del verano pasado ascendían como humo ante mis ojos. La vida en Yamagata, los viajes en tren, los yukata, las sandías, el río,

17 Etapa de la historia japonesa que duró de 1688 hasta 1703 perteneciente al periodo Edo, bajo el mandato del shōgun Tokugawa. Se caracteriza por el gran florecimiento de las artes y por la gran expansión de casas de placer.

las cigarras, los fūrin[18]. De pronto me vi viajando en un tren, dándome aire con el abanico. La sensación que da cuando lo abres es realmente placentera. Se van abriendo las varas una a una y de repente el abanico se convierte en un objeto tremendamente ligero. Mi madre ha vuelto mientras jugaba dándole vueltas. Parecía de muy buen humor.

—Ay, ¡qué cansada estoy! —exclamó alegremente, sin mostrar en realidad ningún signo de cansancio.

Le gusta ayudar a la gente, qué le vamos a hacer.

—Cómo se complica todo —dijo mientras se quitaba el kimono y se metía en el baño.

Después de bañarse, mientras se tomaba el té conmigo, empezó a sonreír de manera enigmática. De pronto me soltó algo que no me esperaba:

—Últimamente decías que tenías muchas ganas de ir a ver La joven descalza[19], ¿verdad? Bien. Pues si todavía

18 Campanillas que se cuelgan en los aleros de los tejados para que suenen con el viento.

19 Título que recibió en Japón la película Marysa, dirigida por el cineasta checo Josef Rovenský en 1935.

tienes tantas ganas te dejo que vayas. A cambio, quiero que me des un masaje en los hombros, hazme ese favor. Las cosas que se consiguen a base de esfuerzo se disfrutan más, ¿no crees?

Me volví loca de alegría. Es cierto que me moría por ver esa película, pero como últimamente no hacía más que vagar, me daba reparo pedirle permiso a mi madre. Ella se enteró sin que le dijese nada y me ha hecho trabajar para que pueda ir a verla sin sentirme mal. Aquello sí que me dio una gran alegría. ¡Cuánto quiero a mi madre! Incluso le sonreí sin que ella me lo pidiera.

Como mi madre tiene muchas amistades, hacía mucho que no podíamos permitirnos el lujo de pasar un rato juntas por la noche. Imagino que estaría intentando esforzarse para que no nos menospreciasen. Mientras le daba aquel masaje, sentí claramente cómo su cansancio se transmitía poco a poco a mi cuerpo. Decidí, de nuevo, que a partir de ahora intentaría tratarla mejor. Me sentí muy mal al pensar que había sentido rencor hacia ella mientras estaba con los Imaida. Le pedí perdón en voz baja y sin abrir la boca. Creo que últimamente tiendo a pensar de manera egoísta en mí misma y al final adopto

un comportamiento agresivo y acabo abusando de ella. No quiero pensar en cuánto le debe doler y en cuánto debe de sufrir cada vez que me comporto como lo hago.

Desde que mi padre no está, mi madre se ha vuelto muy frágil. Siempre me estoy quejando y contándole mis problemas, dependo mucho de ella, pero cuando ella busca apoyo en mí, aunque sea poco, me molesta y siento como si hubiese visto algo sucio en ella. Reconozco que es algo muy egoísta por mi parte, pero mi madre, al fin y al cabo, no es más que una mujer débil, al igual que yo. A partir de ahora intentaré complacerla más, intentaré entenderla mejor y hablaremos sobre lo que hemos vivido juntas, o sobre mi padre o sobre lo que sea. También me gustaría poder dedicarle más tiempo. Quiero sentir de esta manera para poder apreciar el placer de la vida. En el fondo, me preocupo mucho por ella e intento ser una buena hija, pero siempre acabo comportándome como una niña caprichosa. Incluso últimamente, he empezado a perder en cierto modo la inocencia. Estoy sucia por dentro y sé que no puede haber nada más vergonzoso en el mundo. ¿Qué es todo esto de lo que siempre me estoy quejando? Que si sufro, que si dudo, que si me siento sola o triste… Si lo dijese claramente, me moriría. Sabiendo

perfectamente de qué se trata, no consigo encontrar ni una sola palabra o adjetivo que pueda describirlo en toda su amplitud. Simplemente me confunde y al final acabo perdiendo los nervios. Hay algo a lo que se le parece. Se dice que, antiguamente, las mujeres no eran más que esclavas y escoria que no tenían opinión propia, que eran muñecas a merced de los hombres. Pero comparándolas conmigo, tenían el sentimiento femenino más arraigado que yo. Eran tranquilas y tenían la suficiente sabiduría como para aceptar sin reparos una vida de sumisión. Reconocían la belleza de la pura abnegación y sabían apreciar el placer de prestar servicios sin recibir nada a cambio.

—Ay, ¡qué buena masajista eres! ¡Eres maravillosa!

Mi madre tiene una cierta tendencia a tomarme el pelo.

—¿A que sí? Es que lo hago de corazón. Pero dar masajes no es lo único que sé hacer bien. Si fuese solamente eso sería un poco triste, ¿no crees? Tengo otras muchas cualidades.

He dicho lo primero que se me ha venido a la cabeza, y eso me ha sentado bien. Llevaba dos o tres años sin poder hablar de corazón, con tanta sinceridad como esta noche. Pensé con alegría que quizá, cuando te aceptas a ti misma, es cuando realmente naces como una persona nueva y tranquila.

Esta noche, después de terminar el masaje, como agradecimiento por todo, le he leído en voz alta a mi madre unas cuantas páginas de Corazón, de Edmundo de Amicis. Mi madre, al ver que también leo este tipo de libros, ha puesto cara de alivio. El otro día me vio leyendo Belle de Jour, de Kessel y me quitó el libro para ver la portada, puso una cara muy triste y me lo devolvió sin decir nada. Aquello me hizo sentir mal y se me quitaron las ganas de seguir leyendo. Que yo sepa, mi madre nunca ha leído Belle de Jour. Supongo que debió de hacerse una idea de su argumento y eso le debió de sentar mal.

Mientras leía Corazón en voz alta, envuelta por el silencio de la noche, de vez en cuando me sentía tonta y me daba vergüenza de lo que pudiese pensar mi madre al escuchar lo estúpida que suena mi voz. Como todo estaba tan silencioso, la estupidez de mi voz resaltaba. Siempre

que leo Corazón, me emociona tanto como cuando lo leía de pequeña. Siento como que limpia y purifica mi corazón y pienso que es una gran obra, pero leerla en voz alta es muy distinto a leerla en silencio, me sorprende y hace que me sienta incómoda. Aun así, mi madre baja la cabeza y se pone a llorar en las partes en las que aparecen Enrico y Garrone, los muchachos protagonistas de la novela. Mi madre es como la madre de Enrico, una madre grande y dulce.

Ya se ha acostado. Como esta mañana tuvo que salir muy pronto estará muy cansada. Le he ayudado a colocar bien el futón y le he sacudido ligeramente la planta de los pies. Siempre cierra los ojos nada más meterse en la cama.

Después he ido al baño para hacer la colada. Últimamente tengo la extraña costumbre de empezar a hacerla sobre las doce. Me parece una pérdida de tiempo tener que hacer la colada durante el día, aunque puede que por la noche también lo sea. Desde la ventana se podía ver la luna. Agachada, lavando la ropa con buen ritmo, le he sonreído. Ha fingido que me ignora. De repente, me ha venido a la mente la imagen de una pobre

chica solitaria en algún otro lugar en el mundo, que, justo en ese mismo momento, mientras hace la colada al igual que yo, le ha sonreído a la luna. Sí, estoy segura de que hay alguien más en el mundo que lo ha hecho.

En una casa solitaria en la cima de una montaña de un campo lejano, justo ahora, en mitad de la noche, quizás haya una chica que sufre en silencio por algo mientras hace la colada en el patio trasero de su casa. En el pasillo de un sucio apartamento de los suburbios de París, también hay una chica de mi edad que, intentando no hacer ningún ruido, está sola haciendo la colada y ha sonreído a esta misma luna. Lo puedo ver claramente, incluso a todo color, como si lo estuviese viendo absolutamente todo con un telescopio inmenso.

En serio, nadie puede imaginarse nuestro sufrimiento. En un futuro próximo, cuando seamos adultas, el dolor y la pena que sentimos ahora puede que nos resulte algo gracioso, un simple recuerdo que carezca de la menor importancia, pero ahora mismo, no sé cómo sobrellevar este largo y desagradable periodo que nos toca vivir. Es algo que nadie te enseña a superar. ¿Será la juventud algún tipo de enfermedad como el sarampión, que nada

más se cura pasándolo? Pero hay gente que muere a causa del sarampión, o que se queda ciega. No está bien dejar las cosas sin resolver. Nosotras nos pasamos los días deprimidas y enfadadas. A causa de esto, hay gente que pierde el rumbo y llega a un punto de no retorno, no se puede recuperar y su vida queda destrozada. Incluso hay gente que llega a suicidarse. Aunque los demás puedan sentir pena y digan cosas como: «Ay, ¡qué lástima!, si hubiese vivido un poco más se habría dado cuenta de que todo se soluciona con el paso de los años», el sufrimiento de esa persona habría sido inmenso. Pero, al final, todo el que quiere ayudarnos lo único que hace es repetir la misma lección evasiva de siempre. Reconozcamos que estamos abocadas a pasar vergüenza y a no obtener respuestas a nuestras plegarias. Eso no significa que simplemente nos interese vivir cada momento, pero es que no hacen más que señalarnos constantemente montañas que están demasiado lejos con la promesa de que si llegamos hasta allí podremos apreciar un paisaje maravilloso. Puede que los que dicen eso tengan razón, puede que eso sea totalmente cierto, pero no es menos cierto que ahora mismo estamos atenazadas por el dolor. Los demás lo ignoran, y nos dicen que aguantemos un poco, un poquito más, prometiéndonos que seremos

capaces de llegar hasta la cima de aquella montaña y que una vez allí todo será mejor. Y la historia se repite una y otra vez. Seguro que debe de haber alguien que esté equivocado. Tú eres el malo.

He terminado la colada y he limpiado el baño. Después, al abrir la puerta de la habitación intentando no hacer ruido, me ha venido el olor a lirio. Por un momento noté una dulce frescura, como si mi cuerpo fuese totalmente transparente, hasta el corazón, como si me anegara una sublime ironía. De pronto, mientras me ponía el pijama, mi madre me ha hablado con los ojos cerrados. Como creía que ya estaba dormida, me he asustado. A veces me asusta haciendo este tipo de cosas.

—Como dijiste que querías zapatos de verano, aproveché para echar un ojo cuando estuve hoy en Shibuya[20], pero eran todos carísimos.

—No pasa nada, ya no me apetece tenerlos.

—Pero te hacen falta, ¿no?

—Sí.

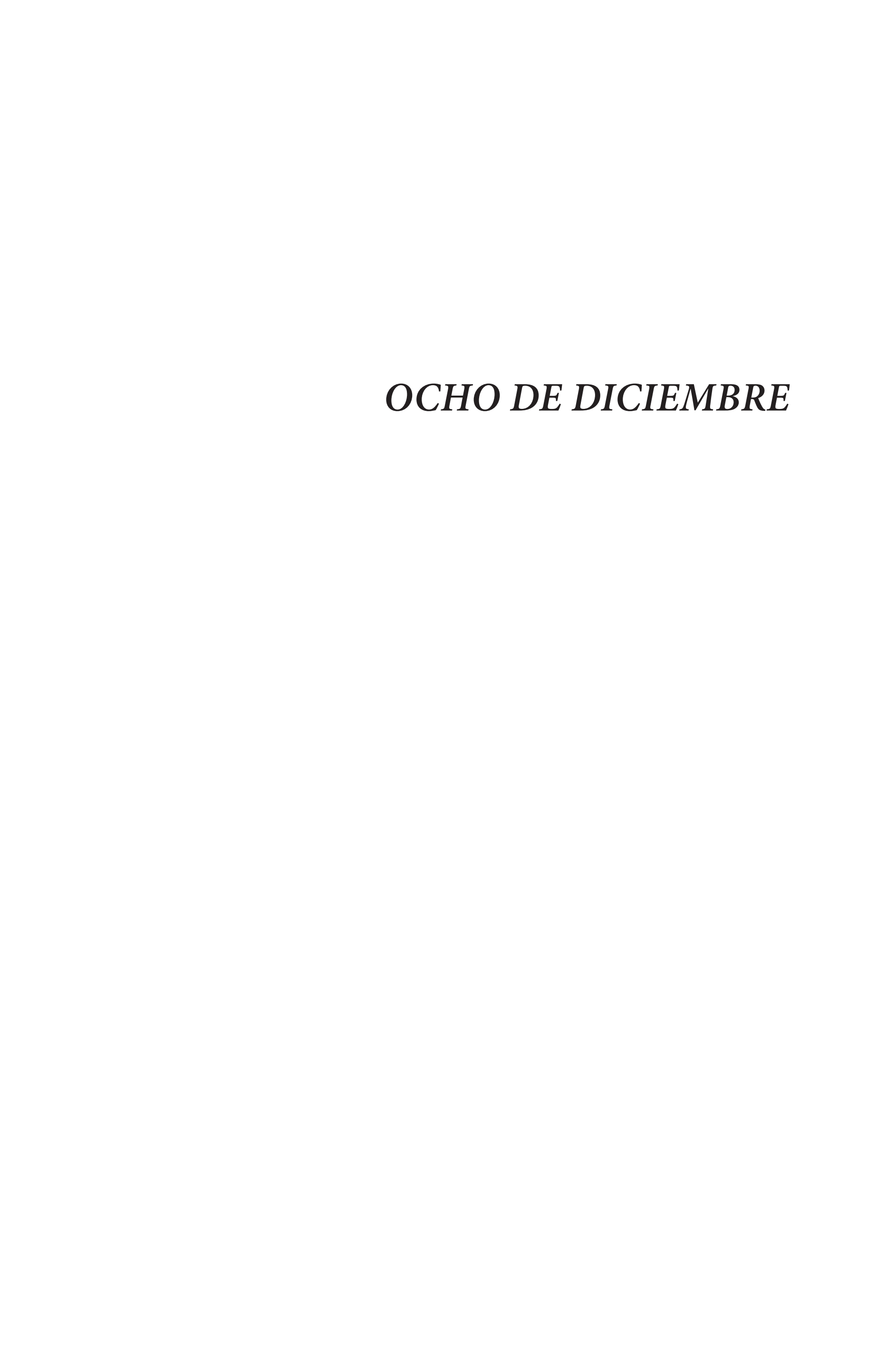
20 Famoso barrio de Tokio con gran cantidad de tiendas de ropa y accesorios.

Mañana volverá a ser un día exactamente igual que hoy. Sé que nunca en esta vida alcanzaré la felicidad. Lo sé certeramente. Pero será mejor irme a dormir creyendo que mañana la felicidad llegará, mañana seguro que llega. Me he dejado caer sobre el futón haciendo ruido aposta. ¡Ay, qué bien me siento! Como el futón está frío, siento un placentero frescor en la espalda. La felicidad llega una noche, cuando ya es tarde. Recuerdo vagamente una frase que decía así. Tras esperar mucho, mucho tiempo a que llegue la felicidad, al final no aguantas más y abandonas precipitadamente tu casa; pero al día siguiente, llega una noticia maravillosa a esa casa que acabas de dejar, pero ya es demasiado tarde. La felicidad llega una noche, cuando ya es tarde. La felicidad…

Se oyen las pisadas de Kaa que pasea por el jardín. *Tap, tap, tap, tap*. Los pasos de Kaa son de lo más peculiares. Aparte de tener la pata delantera derecha un poco más corta, tiene dos patas torcidas, por lo que tiene una manera triste y peculiar de caminar. Suele pasearse por el jardín a estas horas, ¿qué estará haciendo? Pobrecito Kaa. Esta mañana me he portado mal con él, mañana lo primero que haré será acariciarle.

Tengo una manía de lo más triste. No puedo dormir sin cubrirme la cara con las dos manos. Cuando lo hago, me quedo quieta. Ir a dormir me produce una sensación extraña. Es como si una fuerza, pesada como el plomo, tirase de mi cabeza con un hilo hacia abajo, como cuando una anguila o una carpa tiran del sedal. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, siento como que la presión se afloja y entonces me despierto súbitamente. Otra vez, me tira fuertemente y casi me quedo dormida de nuevo, pero en ese momento el hilo vuelve a aflojarse un poquito. Se repite de la misma forma unas tres o cuatro veces y, por fin, tira con todas sus fuerzas, y así me quedo dormida hasta la mañana siguiente.

Buenas noches. Soy una Cenicienta sin príncipe. ¿Sabes en qué parte de Tokio vivo? Ya nunca más volveremos a vernos.



OCHO DE DICIEMBRE

Voy a intentar ser lo más cuidadosa posible en relatar el día de hoy. Me dispongo a dar testimonio escrito de cómo una ama de casa de una familia pobre de Japón pasó el día ocho de diciembre del año 16 de la era Shōwa[21]. Quizá, dentro de cientos de años, cuando se esté celebrando con hermosas fiestas la llegada del siglo veintiocho, alguien encuentre este diario escondido en un rincón de algún almacén perdido y mi testimonio ayude al estudio de la historia, para que la gente de esa época sepa cómo vivieron las mujeres de Japón una fecha tan importante y trascendental como esta. Por eso, aunque se me de muy mal escribir, voy a tener mucho cuidado en relatar todo tal y como lo viví. Es una gran labor y hay que llevarla a cabo pensando en que será leída en el año 2700 por lo menos. Aun así, tampoco voy a intentar ser demasiado puntillosa. Mi marido suele decir que las cartas que escribo (y también mi diario) son demasiado serias y que no le harían gracia a nadie. Que carecen de sensibilidad y que el estilo no es nada hermoso. Lo cierto es que, desde pequeña, siempre he sido muy estricta con el tema de la educación. Aunque por dentro no sea

---

21 El día 8 de diciembre de 1941 (año 16 de la era Shōwa), la Armada Imperial Japonesa atacó las bases militares de Gran Bretaña en Malasia y la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, declarando así la guerra a estas dos naciones y anunciando su participación en la segunda guerra mundial.

una persona tan seria como aparento, suelo sentirme incómoda mostrándome alegre y divirtiéndome ante los demás. Siempre he tenido alguna que otra desventaja, ya les digo. Quizá sea por ser demasiado vanidosa. Ya reflexionaré sobre ello en otro momento.

Hay algo de lo que siempre me acuerdo últimamente cuando hablo del año 2700, aunque en realidad sea una tontería sin la mayor importancia. El otro día vino a casa el señor Ima, un amigo de mi marido. Llevaban mucho tiempo sin verse. Me escabullí en la habitación de al lado y me dediqué a escuchar la conversación que mantenían. Todavía me entra la risa de recordarlo:

—Verás —decía el señor Ima—, hay algo que me preocupa mucho. Cuando se celebre el año dos mil seticientos… ¿Cómo se dirá? ¿Dos mil setecientos o dos mil seticientos? Qué agobio. Me preocupa encontrar la solución a este dilema, ¿a ti no?

—Umm… —murmuró mi marido con seriedad—. Ahora que lo dices, lo cierto es que también a mí me parece preocupante.

—¿A que sí? —contestó el señor Ima, también muy

serio—. Parece ser que al final, la pronunciación oficial será setecientos. Pero, si me dejasen opinar, preferiría que fuese seticientos. No sé, setecientos no me termina de convencer. ¿A ti no te parece raro? No se trata de un número de teléfono o de algo que haya que pronunciar correctamente. Ojalá terminen diciendo seticientos —dijo el señor Ima muy afectado.

—Pero, a ver… —le interrumpió mi marido con tono solemne—, también puede ocurrir que, dentro de cien años, exista una manera totalmente distinta de pronunciarlo. Por ejemplo, algo como siticientos.

No me podía parar de reír. Qué conversación más ridícula. Mi marido siempre suele hablar de cosas sin importancia con los invitados, pero suele adoptar un tono muy serio para hacerlo. ¡Menuda diferencia cuando alguien mete sentimiento en lo que cuenta! Mi marido se gana la vida escribiendo novelas. Así que, como es un vago, gana muy poco dinero. Desde hace años tenemos que vivir con lo básico. Yo sus novelas ni las leo. No tengo ni idea de qué tipo de cosas escribe, pero, por lo que compruebo diariamente, parece que no se le da muy bien razonar.

¡Vaya! Ya me he desviado del tema. No puedo seguir hablando de este tipo de cosas si pretendo que esto sea un documento histórico bien escrito. Voy a empezar de nuevo.

Ocho de diciembre. Ha ocurrido a primera hora de la mañana, mientras estaba metida en el futón dando de mamar a mi hija Sonoko (que nació en junio). Quería que terminase lo antes posible para poder realizar todas mis tareas del hogar, cuando he escuchado el sonido lejano de una radio:

«Cuartel General Imperial informa. Hoy, día ocho de diciembre, al alba, el ejército de tierra y la marina imperial han entrado en guerra con el ejército de Estados Unidos y de Inglaterra al oeste del océano Pacífico».

El mensaje se escuchaba vivamente y con fuerza mientras se filtraba entre los resquicios de los amado[22] cerrados, como si se tratase de un rayo de luz que entra en una habitación oscura. El mensaje se repitió dos veces, con un tono de voz cada vez más potente. Mientras lo escuchaba en silencio, sentí como si hubiese nacido de

22 Puerta corrediza exterior de madera típica de las casas tradicionales japonesas que se asemejaría a lo que aquí se entiende por contraventana.

nuevo; como si, iluminada por un fuerte rayo de luz, mi cuerpo se hubiese hecho transparente. O como si hubiese recibido un soplo de aire fresco en el alma y un pétalo de flor brotase de mi corazón. Sentí que Japón, como yo, también había vuelto a nacer esta mañana.

Quise avisar a mi marido, que se encontraba durmiendo en la habitación de al lado, así que le desperté para contárselo. Antes de terminar, me contestó firmemente a través de la puerta corrediza de papel:

—Lo sé, lo sé… Ya me he enterado.

Se notaba que estaba algo nervioso e irritable. Fue una casualidad que, justo hoy, alguien tan perezoso como él estuviese despierto tan temprano. Dicen que los artistas tienen un sexto sentido, así que puede que notase alguna señal y se despertase. No sé. En aquel momento sentí cierta admiración por él, pero lo que dijo a continuación hizo que aquella admiración mía se desvaneciese.

—Pero, ¿por dónde cae exactamente el oeste del océano Pacífico? Por San Francisco, ¿no?

Aquella salida suya me defraudó muchísimo. No sé qué le pasará a mi marido con el tema de la geografía, pero es que no se entera de nada. Hay veces en las que dudo de si de verdad sabe dónde está el este y dónde el oeste. Hasta hace poco, creía que el lugar más caluroso del mundo era el Polo Sur y el más frío era el Polo Norte. Cuando me lo dijo, llegué incluso a dudar de que tuviera coeficiente intelectual. El año pasado me contó que, cuando fue de viaje a la isla de Sado y pudo divisarla desde el barco de vapor a lo lejos, se pensó que se trataba de Manchuria. ¡El muy necio se creía que estaba en China! Para mí que es absolutamente estúpido. No sé cómo alguien tan tonto logró entrar en la universidad. No pasa un día en que no me lleve una decepción con él.

—El oeste del océano Pacífico será la parte más cercana a Japón —le contesté.

—Pues vale —dijo de mal humor. Se puso a pensar y prosiguió—. Espera, no lo entiendo. ¿Cómo puede ser que los Estados Unidos se encuentren al este y Japón al oeste? Japón es «el país del sol naciente», porque el sol sale por el este, ¿no? Y yo que siempre había creído que el sol salía por Japón, ¡qué decepción! Y ahora vas y

me dices que Japón no está en el este asiático. ¡¿No hay ninguna manera de demostrar que Japón esté al este y que los Estados Unidos estén al oeste?!

¡Pero qué estúpido es, qué estúpido! Aparte, tiene una idea muy rara y extremada del patriotismo. ¿No va el otro día y me comenta, muy orgulloso de sí mismo, que esos bárbaros occidentales llenos de pelo jamás serían capaces de comerse un plato entero de shiokara[23] de atún, pero que él, sin embargo, podría comerse cualquier tipo de plato occidental sin problemas?

Así que dejé de escuchar sus tonterías y me fui a abrir los amado. Era un día soleado, pero hacía muchísimo frío. Los pañales que había puesto a secar la noche anterior estaban congelados y el jardín estaba cubierto de escarcha, pero las camelias florecían con cierta gracia. Todo estaba en silencio, a pesar de que en aquel mismo instante la guerra acababa de comenzar en el océano Pacífico. Tuve una extraña sensación y di gracias de todo corazón por vivir en Japón, mi país.

---

23 Aperitivo japonés compuesto de distintos pescados o mariscos sazonados con mucha sal y posteriormente fermentados. Suele servirse acompañado de bebidas alcohólicas.

Fui al pozo a lavarme la cara. Mientras limpiaba los pañales de Sonoko, la vecina de la casa de al lado salió al jardín. La saludé y le comenté:

—Vaya. Supongo que a partir de ahora las cosas se complicarán un poco, ¿verdad?

Estaba hablándole sobre la guerra, pero ella se pensó que me refería a su nombramiento como presidenta de la asociación de vecinos.

—Bueno, haré lo que pueda —me contestó con timidez. A partir de ahí la conversación se tornó algo incómoda.

No es que ella no tuviese la guerra en mente, pero seguro que estaba muy nerviosa por toda la responsabilidad que conllevaba su nombramiento. Sentí lástima por ella. Lo cierto es que ser presidenta de la asociación de vecinos debe de ser un trabajo de lo más importante. Y más ahora. Ya no se trata de un simulacro. Cuando nos ataquen de verdad, ella tendrá la enorme responsabilidad de organizar al resto de los vecinos de la calle.

Puede que si las cosas se ponen peligrosas, no me quede más remedio que ir a refugiarme a casa de mis

padres, y además con Sonoko a cuestas. En ese caso, mi marido tendría que quedarse aquí, pero ya tengo comprobado que es una persona que no sabe manejarse sola. Me preocupa. Seguramente lo deje todo hecho un desastre. Llevo ya mucho tiempo diciéndole que tiene que prepararse para cuando comience la guerra, pero ni siquiera se ha hecho con un uniforme de ciudadano[24]. Me da miedo que se meta en problemas cuando pase algo. No es más que un vago, no hago más que decirlo, y sé que si se lo coso y se lo fabrico, aunque se queje, en el fondo se sentirá mejor. Pero es que es muy grande y me imagino que no será fácil encontrar materiales para hacer uno de su talla. ¡Qué complicado!

Esta mañana se levantó a las siete, aunque fuese muy pronto para él. Desayunó rápidamente y se puso a trabajar. Parece que este mes le han salido varios trabajillos. Durante el desayuno me entró miedo y le pregunté:

—Japón va a ganar la guerra, ¿verdad?

---

24 En Japón, durante la segunda guerra mundial, había una ley que intentaba evitar la mayoría de lujos en los ciudadanos para así prevenir gastos innecesarios, por lo que se ofrecía a los hombres que vistiesen con uniforme.

—Si se han metido en ella es porque la vamos a ganar. Tú no te preocupes —me dijo muy serio.

Todo lo que suele decir mi marido son patrañas y tonterías, pero aquello lo dijo con tanta seriedad que no pude evitar creérmelo. La cabeza me daba vueltas mientras recogía la cocina. Me parecía extraño que se generase tanta hostilidad por el simple hecho de tener un color de ojos o de pelo diferentes. Me gustaría inflarles a todos esos americanos a tortas. Lo que siento hacia nuestros nuevos enemigos es totalmente distinto a lo que sentía cuando luchábamos contra China. No puedo soportar la idea de todos esos brutos estadounidenses pisoteando como animales nuestra preciosa patria. ¡Si ponen un solo pie en nuestra tierra sagrada, aunque solo sea para dar un paso, se enterarán! ¡Ojalá se les pudran las piernas! No son dignos de pisar nuestro país. ¡Por favor, espléndidos soldados de Japón, destrúyanlo, háganlos pedazos! A partir de ahora puede que pasemos por momentos difíciles a causa de la escasez de alimentos y de materias primas, pero no hay de qué preocuparse. ¡Podremos con ellos! No lamento haber nacido en tiempos revueltos. Al contrario, me siento contentísima por haber nacido ahora y ser capaz de presenciar *in situ*

lo que está ocurriendo. Me siento una mujer de lo más afortunada. ¡Ay, me gustaría ser capaz de mantener una larga conversación con alguien sobre la guerra! Podría decir: «¿Has visto? ¡Al final ha estallado la guerra!», y cosas por el estilo.

Durante toda la mañana estuvieron retransmitiendo canciones militares por la radio. Se ve que hasta los que trabajan en la radio están dando lo mejor de sí mismos. Al rato de estar emitiendo canciones militares, parece ser que se quedaron sin más y empezaron a retransmitir canciones muy antiguas, como la de *Aunque mil millones de enemigos vengan*[25]. Me ha encantado comprobar lo concentrados que han trabajado los chicos de la radio. Se han dejado la piel en la misión. Su comportamiento me ha parecido de una pureza increíble.

Como mi marido odia la radio, nunca hemos tenido una en casa. Lo cierto es que yo tampoco le había prestado nunca mucha atención, pero ahora, con lo que está ocurriendo, no nos vendría mal tener una. ¡Cuántas ganas tengo de escuchar noticias, noticias y más noticias! Se lo consultaré. Quizá ahora me diga que sí.

---

25 Estribillo de la canción de guerra japonesa Teki wa Ikuman, compuesta por el músico Sakunosuke Koyama a finales del siglo xix.

A mediodía empezaron a retransmitir noticias importantes, una detrás de otra. Me sentí muy inquieta. Cogí a Sonoko en brazos y salí al jardín a ver si lograba escuchar la radio del vecino, bajo las ramas del arce que tiene plantado en su jardín. Los ataques sorpresa en Malasia y Hong Kong y las gloriosas palabras de nuestro Emperador en la declaración de guerra han hecho que brotasen lágrimas de mis ojos. Como tenía a Sonoko en brazos, no sabía qué hacer. Entré a casa y le conté a mi marido, que seguía trabajando, todo lo que acababa de oír. Tras escucharme hasta el final, dijo sonriendo:

—Pues muy bien.

Se levantó y un segundo después volvió a sentarse. Parecía algo nervioso. Poco después del mediodía, terminó uno de sus trabajos y salió de casa corriendo. Llevaba una carpetita con lo que había escrito. Debió de dirigirse a la imprenta para entregarlo, supongo. Todo indicaba que iba a volver tarde a casa. Cuando sale con tanta prisa que parece que esté huyendo de algo, casi siempre vuelve tarde. Aunque a mí me da igual, siempre y cuando duerma en casa.

Después de que se fuese, me hice una comida simple a base de sardinas secas asadas. Luego cogí a Sonoko y salí de compras. De camino, pasé por casa de los Kamei para darles algunas manzanas que nos había mandado la familia de mi marido. Quería dárselas a Yuno (una niña muy guapa que tienen, de cinco años). Me encontré con ella frente a la puerta.

—¡Mamá! ¡Ha venido Sonoko! —Y se fue corriendo a avisar a su madre. Parecía muy entusiasmada de vernos.

Mi hija les sonrió desde mi espalda y la mujer del señor Kamei no paraba de repetir lo guapa que era. Su marido salió a la entrada con una cazadora puesta. Tenía aspecto de rudo hombre trabajador. Me contó que estaba colocando esteras de paja bajo la casa.

—¡Siento que tenga que verme con un aspecto tan sucio! ¡Gatear bajo la casa es tan duro como adentrarse en territorio enemigo!

¿Para qué estaría metiendo esteras de paja ahí abajo? ¿Para refugiarse allí cuando comiencen los bombardeos? Qué raro.

Pero el señor Kamei, al contrario de mi marido, cuida mucho de su familia. ¡Qué envidia! Me comentaron que antes les dedicaba mucho más tiempo, pero que desde que nos vinimos a vivir aquí, empezó a salir a beber con mi marido y que se ha ido relajando poco a poco. Me imagino que su mujer debe de odiar bastante a mi marido. Lo siento mucho por ella.

Frente a la puerta de su casa, tenían colocadas distintas herramientas antiincendios, como varios hitataki y kumade[26]. En mi casa no tenemos nada preparado. Normal, con un marido tan vago.

—¡Anda! Lo tienes todo muy bien preparado.

—Sí. Siendo el presidente de la asociación de vecinos es lo menos que puedo hacer —contestó el señor Kamei muy animado.

Su mujer me dijo en voz baja que en realidad era vicepresidente, pero que el presidente era una persona muy mayor y le encargaba la mayoría de los trabajos a su

26 Hitataki: palo de bambú en cuyo extremo hay atado un manojo de cuerdas similar a una fregona que se usaba para apagar fuegos. Kumade: herramienta de jardinería y agricultura en forma de pequeño rastrillo de mano.

marido. El señor Kamei es un hombre muy trabajador. Comparado con el mío, son como el día y la noche.

Me ofrecieron algunos dulces, así que tomé un par en la entrada y me despedí de ellos.

Luego me dirigí a la oficina de correos para cobrar lo que le habían pagado a mi marido por un artículo que ha escrito en la revista Shinchō. Cogí los sesenta y cinco yenes y fui al mercado para echar un ojo. Sigue sin haber mucho donde elegir, no hay más que calamares y sardinas secas. Compré un par de calamares que me costaron cuarenta céntimos y una bandeja de sardinas secas por veinte. De nuevo volvía a escucharse la radio en el mercado dando noticias. Me tiré un buen rato frente a ella para ver si me enteraba de alguna novedad.

Seguían anunciando noticias de la máxima trascendencia, una tras otra. Ataques aéreos en Filipinas y Guam, y un bombardeo en Hawái. Aniquilación de todas las tropas estadounidenses de la zona y la declaración de guerra por parte del Gobierno imperial. Me empezó a temblar todo el cuerpo y sentí mucha vergüenza de que la gente me viera. Me entraron ganas de darle las gracias a todo el mundo por su patriotismo. Al rato, dos o tres

señoras se acercaron para escuchar la radio también. Al principio éramos pocas, pero luego empezaron a venir más y más, y acabamos siendo unas diez.

Tras salir del mercado, fui al quiosco de la estación para comprarle cigarrillos a mi marido. El ambiente en las calles estaba igual que siempre, salvo por un papel que habían pegado frente al puesto de verduras donde habían ido escribiendo todo lo que se iba anunciando en la radio. Tampoco vi mucha diferencia en las tiendas ni en las conversaciones de la gente respecto a ayer. Aquella serenidad me hizo sentir muy segura.

Como hoy me ha sobrado algo de dinero, me he dado el capricho de comprarme unos zapatos. Aunque no tenía ni idea de que a partir de este mes tendríamos que pagar un dos por ciento de impuesto por cada tres yenes que gastáramos. Si lo hubiese sabido antes, los habría comprado el mes pasado. Aunque tampoco soy de las que va por ahí como una loca a comprar de todo antes de que suban los precios. Me parece una actitud deplorable. El par de zapatos me costó seis yenes con sesenta. También me he comprado un tubo de crema de manos por treinta y cinco céntimos y un paquete de sobres por treinta y uno.

Poco después de volver a casa, apareció Sato para despedirse, ya que acaba de terminar sus estudios en la Universidad de Waseda y le han llamado a filas. Por desgracia, mi marido no se encontraba en casa, lo que me dio mucha lástima. Le dije que tuviese cuidado y le despedí con una profunda reverencia. Me salió de lo más profundo del corazón. Justo después de haberse ido, apareció Tsutsumi, de la Universidad Imperial. Tsutsumi también acaba de terminar sus estudios, pero tras el reconocimiento médico militar le han puesto en tercera categoría[27]. Me comentó que era una lástima. Sato y Tsutsumi habían llevado el pelo largo hasta hacía poco, pero ahora se lo han rapado al cero. Me emocionó profundamente comprobar que hasta los estudiantes daban lo mejor de sí por la patria.

Por la tarde, nos visitó el señor Kon apoyado en su bastón. Hacía mucho que no lo veíamos, por lo que también sentí tener que decirle que mi marido no se encontraba en casa. Había venido hasta Mitaka exclusivamente para verlo, pero como no estaba, no

27 Durante aquellos años se creó un ambiente de patriotismo extremo en el que cualquier persona tenía que hacer todo lo posible para ayudar al país, por eso, aunque en el fondo fuese un alivio para muchos, los que no eran llamados a filas tenían que comportarse como si de verdad deseasen hacerlo.

tuvo más remedio que volver a recorrer andando todo el largo camino de vuelta. Oh, me imagino lo disgustado que habrá tenido que sentirse al tener que volverse de ese modo a casa. Solo de hacerme a la idea me sentí muy mal.

Cuando me disponía a preparar la cena, apareció la vecina de al lado. Vino a preguntar qué podíamos hacer con las cartillas de racionamiento de sake, ya que solamente habían repartido seis para nueve familias. Pensé que sería una buena idea turnarnos cada mes, pero como todas las familias queríamos recibir nuestro racionamiento cuanto antes, quedamos en compartirlo entre todos. Las señoras reunieron seis botellas vacías y fueron a llenarlas a la destilería de Isemoto. A mí me dijeron que me quedase en casa, ya que acababa de poner el arroz a cocer. En cuanto pude, salí con Sonoko a cuestas y vi cómo volvían con un par de botellas en la mano. Me dieron una de ellas y así regresamos al barrio. Frente a la entrada de la casa de mi vecina, colocamos nueve botellas de un shō en fila y fuimos llenándolas con mucho cuidado para que todas tuviesen la misma cantidad. Lo cierto es que fue bastante complicado.

Más tarde, recibí el periódico de la tarde. Aparte de lo de siempre, había cuatro páginas fuera de lo común. «El Imperio declara la guerra a Estados Unidos e Inglaterra», decían estas páginas en grandes titulares. Y luego volvían a contar lo que ya habíamos escuchado por la radio. A pesar de ello, volví a leérmelo todo de cabo a rabo. Me entró la emoción un par de veces.

Cené sola y fui a los baños públicos con Sonoko cargada a la espalda. ¡No hay momento más divertido que cuando la tengo que bañar! Le gusta mucho meterse en el agua caliente, parece que la calma. Mientras la baño sosteniéndola entre mis brazos, me mira con las piernas y los brazos encogidos. Supongo que incluso ella se sentirá algo inquieta con todo lo que está pasando. También parece que el resto de mujeres que bañan a sus bebés sienten mucho, mucho cariño por ellos. Todas suelen juntar sus mejillas con las de sus hijos. La barriga de Sonoko es redondita, como si la hubiesen dibujado con un compás. Es blanquita y blandita como una pelota de goma. Se me hace extraño pensar que allí dentro pueda haber un pequeño estómago con sus intestinitos y todo. Un poco más abajo del centro de esa tripita, tiene un ombligo que parece la flor de un ciruelo. Sus piernas y

sus brazos son tan bonitos que me hacen volverme loca. No importa el tipo de ropa que le ponga, jamás será tan mona como cuando está desnuda. Me da mucha pena tener que vestirla después del baño. Me gustaría tenerla desnuda entre mis brazos toda la vida.

Cuando íbamos de camino a los baños, las calles todavía estaban iluminadas, pero al volver a casa ya estaba todo oscuro. Es para evitar el gasto innecesario de energía. De pronto, me sentí algo tensa. Ya no se trata de ningún simulacro. Pero, ¿no estaba todo demasiado en penumbra? Nunca había caminado por una calle tan oscura. Di un par de pasos con mucho cuidado, pero todavía me quedaba mucho camino por delante. La senda que llevaba al bosque de cedros por el huerto de aralias estaba tremendamente oscura. De pronto, me acordé del pánico que sentí cuando estaba en el cuarto año del colegio y tuve que atravesar esquiando una tormenta de nieve para ir desde el onsen[28] de Nozawa hasta Kijima. Ahora, en lugar de la mochila, tenía a Sonoko dormida conmigo. Ella, por supuesto, no se enteraba de nada.

De pronto escuché detrás de mí los pasos de alguien.

28 Charcas de aguas termales.

Era un hombre. Caminaba muy torpemente mientras cantaba desafinando horriblemente:

—¡Nuestro emperador nos necesitaa[29]! *Ejem, ejem.* —Tosió de tal manera que enseguida lo reconocí.

—A Sonoko le da miedo cruzar por aquí —le dije.

—¡Ya veo, ya! —exclamó muy alto—. Creo que su falta de fe hace que les de miedo la oscuridad. Yo tengo tanta fe que este camino me resulta igual que cuando es de día. ¡Venga, sígame!

Nos adelantó y siguió andando a paso ligero.

Me quedé atónita. Todavía no soy capaz de distinguir cuando bromea y cuando habla en serio.

---

29 Fragmento de la canción Shussei heishi wo okuru uta, compuesta por Isao Hayashi en 1939 para inspirar valor a los soldados japoneses que eran enviados al frente.



LINTERNA

Digan lo que digan, la gente cada vez cree menos en mí. Cuando alguien se cruza conmigo inevitablemente me trata con desconfianza. Voy a visitar a alguien a quien echo de menos y tengo ganas de ver y me recibe con una mirada hostil, como si no quisiese que fuese a verlo. Es una situación realmente dolorosa.

No me apetecía ir a ningún sitio. Aunque solamente sea para acercarme a los baños públicos que están al lado de casa, elijo momentos como el anochecer. No me apetece que nadie me mire a la cara. Incluso en pleno verano, siento como si el blanco de mi yukata resaltase más de lo normal en la oscuridad del atardecer, como si llamase demasiado la atención. Me paso el día muerta de la vergüenza. Últimamente ha estado haciendo mucho más fresco, y ya va siendo época de abrigarse, así que sacaré el kimono de otoño, hecho de tela oscura. Pronto llegará el otoño, luego vendrá el invierno, la primavera y de nuevo estaremos en verano, y entonces tendré que volver a ponerme el yukata de color blanco, el mismo que llevo encima ahora. Si mi situación no ha cambiado para entonces, no sé si seré capaz de seguir adelante. Al menos, el verano que viene espero poder permitirme el lujo de salir a la calle con este yukata de flores de

campanilla moradas sin tener que pasar vergüenza. Me gustaría poder pasear ligeramente maquillada entre la multitud que acude a los festivales de verano. Solo con imaginarme, con prever la alegría de esos momentos, se me llena el corazón de auténtica esperanza.

He de confesar algo. He cometido un robo. Soy consciente de que está mal y de que me he equivocado. Pero…, no, mejor lo contaré desde el principio. Le suplico a Dios que me escuche. No necesito a nadie que me ayude en estos momentos. Los que quieran creerme, que me crean.

Soy hija única de una familia que se dedica a la fabricación de geta[30]. Ayer por la tarde, mientras cortaba cebolletas sentada en la cocina, escuché como un niño llamaba a su hermana llorando desde la parcela que hay detrás de casa. Me quedé quieta y pensé que si yo también hubiese tenido un hermanito o una hermanita pequeña como aquel niño, que me siguiese y me llamase llorando, puede que no me hubiese visto envuelta en una situación tan miserable. Pensando en ello, me brotó una lágrima

30 Calzado tradicional japonés de madera con forma de chancleta. Se pronuncia «gueta».

tibia debido al escozor que me producían las cebolletas. Cuando me las quise quitar con el dorso de la mano, fue peor, y los ojos me empezaron a escocer todavía más; no podía parar de llorar, y no supe qué hacer.

Fue justo este año, en la época en la que salían las hojas verdes entre las flores de cerezo y se empezaban a vender claveles y lirios en los puestos de las ferias nocturnas, cuando empezó a circular el rumor entre las mujeres que iban a la peluquería de que había una joven caprichosa que había perdido la cabeza por un chico. Recuerdo con nostalgia aquellos días. Cada noche, cuando caía el sol, Mizuno venía a buscarme. Solía prepararme con antelación y, antes de que se pusiese el sol, ya estaba toda vestida y maquillada. Recuerdo que salía y entraba de casa sin parar para ver si había venido. Al cabo de un tiempo me enteré de que los vecinos murmuraban sobre mí, riéndose, y me señalaban intentando disimular: «Mira, Sakiko, la hija del fabricante de geta, se está volviendo loca». Mis padres también se dieron cuenta de ello, pero no me dijeron nada.

Este año cumplo veinticuatro años, pero aun sigo soltera. La principal razón es que somos una familia

pobre, pero también influye el hecho de que mi madre fuese en tiempos la amante de un terrateniente famoso en la ciudad, al que abandonó tras enamorarse de mi padre, a pesar de todo lo que él había hecho por ella. Poco después nací yo y, como mi rostro no se parecía ni al del terrateniente ni al de mi padre, el estatus social de mi familia disminuyó todavía más, incluso hubo una época en la que a mis padres se les trató como a auténticos marginados. Viniendo de una familia así, es normal que tenga problemas para encontrar pareja. De todos modos, aunque hubiese nacido en el seno de una familia adinerada y noble, al ser así de fea tampoco habría tenido mucha suerte que se diga con los hombres. Aun así, no guardo rencor a mis padres. A pesar de lo que digan, sé que soy hija de mi padre. Ellos me quieren y yo les trato con todo el cariño que puedo. Ambos son personas débiles. Incluso a mí, que soy su hija, me ocultan ciertas cosas, supongo que por vergüenza. Creo que entre todos deberíamos empezar a tratar con ternura y delicadeza a las personas débiles e inseguras como mis padres. Estaba convencida de que sería capaz de aguantar cualquier tipo de sufrimiento o soledad por su bien. Pero cuando conocí a Mizuno, dejé a mi familia de lado.

Me da vergüenza incluso referirme a ello. Mizuno tiene cinco años menos que yo, lo cual es bastante. Es alumno de secundaria en una escuela de comercio. Me recrimino cada día haberme enamorado de alguien tan joven. Nos conocimos esta primavera. Cogí una infección en el ojo izquierdo y tuve que ir al oftalmólogo. Lo vi en la sala de espera de la clínica. Soy de las que se enamoran a primera vista. Mizuno tenía un parche blanco en el ojo izquierdo, igualito que yo. Arrugaba el entrecejo mientras consultaba un pequeño diccionario; vi que pasaba páginas, una tras otra, y parecía muy concentrado pero también muy triste. Verlo así, tan maltrecho, me dio mucha lástima. Yo también me deprimía por tener que llevar el parche. Mientras contemplaba las hojas frescas de los árboles por la ventana de la sala de espera, me parecía como si esas hojas estuviesen ardiendo entre llamas azules. Todo se veía como si perteneciese a otro mundo, como si fuese un paisaje del país de las hadas. Quizá fuese a causa de la magia de aquel parche que el rostro de Mizuno me pareció tan hermoso, como si tampoco él perteneciese a este mundo.

Pronto supe que Mizuno era huérfano. No tenía a nadie que lo tratase con cariño. Provenía de una familia

de mayoristas de medicamentos a los que el negocio les iba bastante bien, pero su madre falleció cuando él todavía era un bebé y más tarde, cuando tenía doce años, su padre también murió. El negocio empezó a ir mal y sus hermanos mayores, dos chicos y una chica, tuvieron que irse a vivir fuera, cada uno por su lado, a casas de familiares lejanos, y dejaron a Mizuno al cargo del gerente de la tienda. Cuando lo conocí, le ayudaba para que pudiese asistir a la escuela de comercio, pero parecía que se sentía bastante incómodo con la situación y vivía casi en soledad, recluido en sí mismo. Una vez me comentó en tono muy serio que los únicos momentos en los que se sentía verdaderamente alegre era cuando salíamos a pasear juntos. Me dio la impresión de que tampoco disfrutaba de ciertos elementos que los demás consideramos básicos para la vida cotidiana. Una tarde me contó que había quedado con sus amigos para ir a la playa en verano, pero no estaba contento, es más, parecía hasta deprimido por la situación. Fue aquella tarde cuando cometí el robo. Robé un bañador de hombre.

Fue en los grandes almacenes Daimaru. Entré y comencé a fingir que inspeccionaba un vestido. Entonces, cuando nadie me veía, tiré disimuladamente

de un bañador negro que estaba por detrás del vestido y me lo metí con fuerza bajo el brazo. Salí de la tienda intentando no levantar sospechas, pero, no llevaría ni cinco metros andados cuando a mi espalda escuché que alguien empezaba a gritarme desde la tienda. «¡Oiga, oiga usted!». Me entró el pánico. Salí corriendo como una loca, parecía como si hubiese perdido la cabeza.

«¡Ladrona!», escuché que gritaban a mi espalda. Finalmente me golpearon en el hombro, perdí el equilibrio y, cuando me di la vuelta, alguien me pegó un bofetón.

Me llevaron a un puesto de policía. A mi alrededor empezó a congregarse mucha gente. Todos los que vinieron eran vecinos y conocidos de mis padres. Con el ajetreo, me había despeinado totalmente y el yukata se me había abierto hasta la altura de las rodillas. Supongo que debía de tener un aspecto de lo más miserable.

El policía me sentó en un pequeño cuarto con tatami que se encontraba al fondo del edificio y entonces empezó a interrogarme. Era un tipo de aspecto desagradable, calculo que tendría unos veintisiete o veintiocho años. Llevaba unas gafas con la montura dorada y tenía un

rostro pálido, de facciones afiladas. Comenzó con preguntas generales, mi nombre, mi dirección, mi edad, esas cosas. De pronto sonrió con picardía y me preguntó:

—¿Es tu primera vez?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No se me ocurría qué contestar. Si no me daba prisa en convencer a aquel tipo me meterían en la cárcel sin duda. Y me caería una buena condena, seguro. Busqué desesperadamente una buena excusa que pudiera servirme para librarme de aquella. Pero, ¿qué podría decirle para demostrar mi inocencia? De pronto supe que estaba totalmente perdida. Jamás en mi vida había estado metida en un lío semejante. Finalmente, y a pesar de todos mis esfuerzos, lo que le conté fue humillante y ridículo. Pero una vez que empecé ya no pude parar. Como si estuviese poseída por un zorro[31]. Creo que fue en ese momento cuando perdí del todo la cabeza.

—¡No me puede meter en la cárcel, señor! ¡Yo no tengo la culpa de eso que dice! Tengo veinticuatro años y desde que nací hasta el día de hoy he sido una hija ejemplar. He

31 En Japón, se atribuye a los zorros poderes sobrenaturales, que suelen usar para molestar a los humanos. Por eso, cuando una persona se comporta de manera extraña, se dice que está poseída por un zorro.

obedecido a mis padres todos y cada uno de los días de mi vida sin protestar. ¿Qué tengo de malo, dígame? ¡Nunca hasta hoy he hecho nada que me hiciera merecedora de la reprobación de la gente! Mizuno es un gran hombre. Sé que va a tener un gran futuro. ¡De eso estoy segura! Lo último que querría es que pasase vergüenza. Quedó para ir a la playa con sus amigos y yo solo intentaba que pudiera ir sin tener que preocuparse de nada. ¿Qué tiene eso de malo? Qué tonta he sido… Él proviene de una buena familia. Es distinto a todos los demás chicos que conozco. No me importa lo que me ocurra a mí, señor. Me conformo con que él consiga labrarse un buen futuro, y para que eso ocurra todavía me queda mucho por hacer. ¡No me puede meter usted en la cárcel! No he hecho nada malo en veinticuatro años. Solamente ayudar a mis pobres padres durante toda mi vida. ¡No, no! ¡No me puede meter en la cárcel! No puede hacerlo. No puede hacerme esto solamente por haber movido la mano de manera incorrecta una sola vez en veinticuatro años. No puede arruinarme el resto de mi vida solo por esto. Eso no está bien. No consigo entenderlo… ¿Acaso el hecho de haber movido la mano derecha unos treinta centímetros sin querer demuestra que sea una ladrona compulsiva? ¡No, señor! ¡No puede ser! ¡Solo ha sido una

vez! Ni siquiera ha durado más de un par de minutos. Todavía soy una mujer joven. Mi vida acaba de empezar. Seguiré viviendo en la pobreza como he venido haciendo hasta ahora. Eso es todo. Dentro de mí no ha cambiado nada. Sigo siendo Sakiko, sigo siendo la misma chica que era ayer. ¿Qué tipo de molestia puede causarle a una tienda tan grande como Daimaru la pérdida de un mísero bañador? Hay gente que engaña a los demás, gente que se dedica a robar a otras personas, que roba mil o dos mil yenes, o incluso que te saca por la fuerza todo lo que llevas encima, y a pesar de ello los admiramos. ¿Para quién demonios está pensada la cárcel? Solamente encierran a los que no tienen dinero, eso que le quede claro. Seguramente las cárceles estén llenas de personas débiles y sinceras cuyo único delito sea que son incapaces de engañar a los demás. Y como no pueden vivir a costa de engañar a la gente, su situación va empeorando cada vez más, y acaban cometiendo robos ridículos, de dos o tres yenes, y es por eso que los obligan a pasar cinco o diez años en la cárcel. *¡Ja, ja, ja, ja!*, qué cosas ocurren hoy en día. ¡Ay, qué ironía!

Como digo, me entró un ataque de locura. El policía me miraba fijamente mientras su rostro empalidecía.

De pronto, sin saber cómo, empecé a sentirme irremediablemente atraída por él. A pesar de estar llorando a lágrima viva, esbocé una sonrisa torcida. Creo que se debió de pensar que tenía algún tipo de trastorno mental. Empezó a tratarme con algo más de cautela y me obligó a incorporarme con sumo cuidado. Aquella noche dormí en una de las celdas de la comisaría y, a la mañana siguiente, mi padre vino a buscarme y me soltaron. De camino a casa, me preguntó preocupado si me habían pegado. Luego, no volvimos a hablar sobre el tema.

Cuando leí el periódico de aquella tarde se me subieron los colores a la cara de la vergüenza. Me dedicaban un artículo entero. El titular decía así: «¿Un robo razonable? Bello discurso de una chica degenerada». Pero eso no fue lo peor. Los vecinos empezaron a merodear alrededor de casa. Al principio no sabía por qué, pero cuando descubrí que venían para cotillear, noté que me desbordaba la ira. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de las auténticas consecuencias de lo que había hecho. Si en aquel momento hubiese tenido un frasco de veneno a mi alcance, me lo habría tragado entero sin dudarlo ni un instante. Si hubiese habido algún bosque de bambú cerca de casa, me habría adentrado en él para ahorcarme.

Incluso tuvimos que cerrar la tienda durante un par de días. Pocos días después, recibí una carta de Mizuno.

«Sakiko. Sabes que soy la persona que más cree en ti en este mundo. Aun así, creo que te falta cierta educación. Eres una buena persona, pero me temo que vives en un entorno que no me termina de convencer. Durante todo este tiempo he estado intentando corregir esos aspectos en ti, pero hay cosas que me temo que no se pueden cambiar. Es importante recibir una buena educación. El otro día fui a la playa con mis amigos y estuvimos hablando largo y tendido sobre la inquietud del ser humano por superarse a sí mismo. Estoy convencido de que seremos gente importante en el futuro. Querida Sakiko, pórtate bien a partir de ahora. Intenta purgar tu culpa, aunque sea poco a poco. Discúlpate ante la sociedad Y recuerda: la gente odia el delito, pero no al que lo comete[32].

Firmado: Saburo Mizuno

(Y por favor, quema esta carta después de leerla. Quema el sobre también. Te ruego que lo hagas)» .

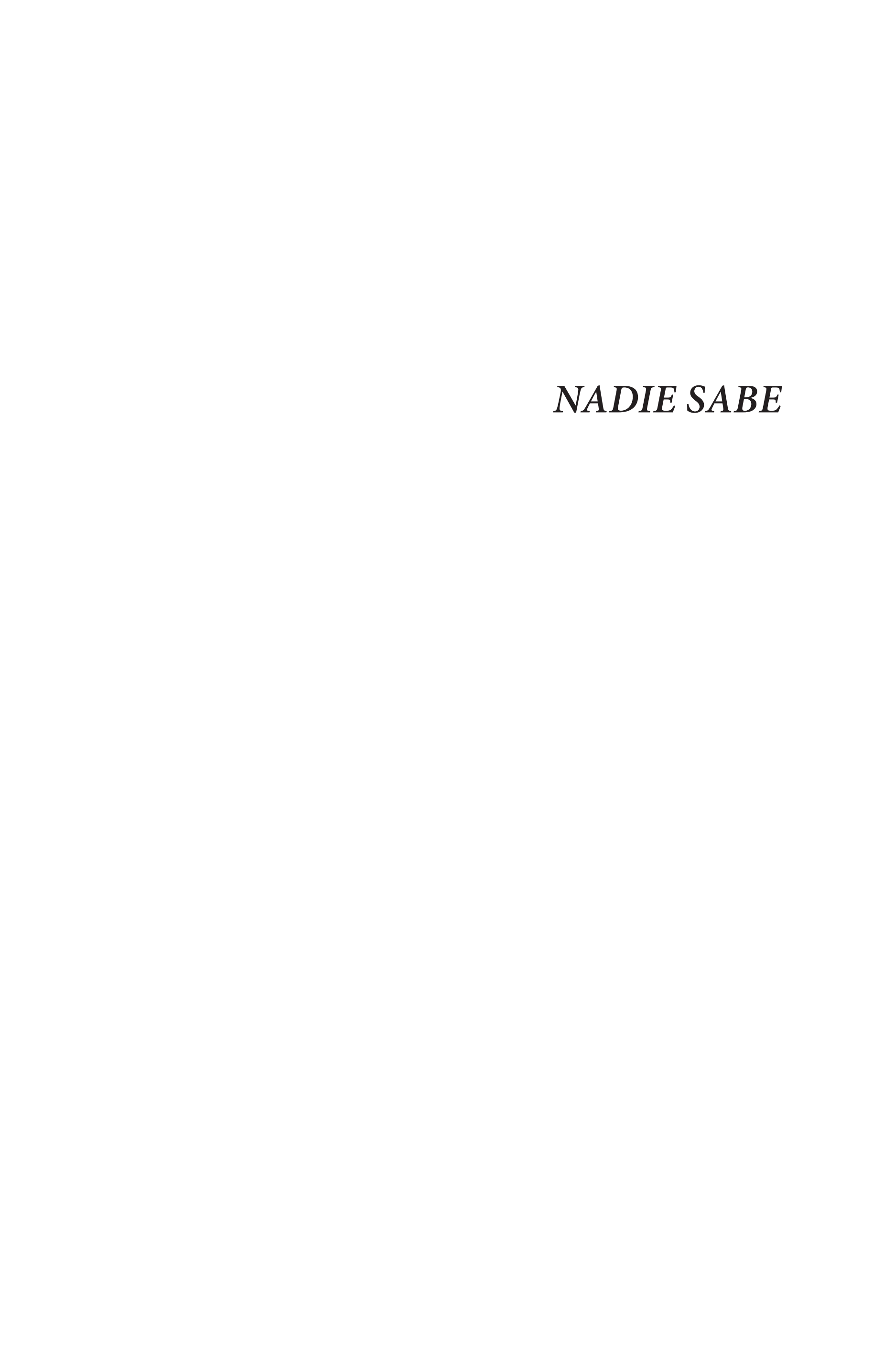
32 Refrán japonés procedente de China.

Por un momento me había olvidado de que Mizuno había crecido en el seno de una familia con dinero. Así que eso fue lo que me escribió.

Han sido días muy duros. Ayer empezó a hacer fresco. Esta noche mi padre ha venido y al ver cómo estaba ha puesto cara de preocupación: «Esta luz tan débil no te hará ningún bien. Es muy deprimente», y ha cambiado la bombilla del salón de seis tatamis[33] por una más luminosa de cincuenta vatios. Hemos cenado los tres juntos, mi padre, mi madre y yo, bajo la luz de la nueva bombilla. Mi madre se ha reído poniéndose la mano con la que sujetaba los palillos en la frente y ha dicho: «Ay, tanta luz me va a dejar ciega». Yo también me he animado y le he servido sake a mi padre. Nuestra felicidad reside en las pequeñas cosas, como cambiar la bombilla de la habitación y cenar juntos. Lo cierto es que pensar en ello ha hecho que no me sintiera tan miserable; al contrario, vivir en una familia tan modesta es lo más parecido que conozco a vivir dentro de una maravillosa lámpara giratoria de papel. He sentido unas súbitas ganas de hacérselo saber a todo el mundo, de gritárselo a los insectos que cantaban en la oscuridad del jardín. «¡Los

33 Aproximadamente diez metros cuadrados.

que quieran mirarnos que nos miren! ¡Nosotros somos gente de corazón noble!». Y así fue como, de repente, he empezado a sentir una serena alegría en lo más profundo de mi corazón.



NADIE SABE

Es algo que nadie sabe, cuenta la señora Yasui, de cuarenta y un años, con una leve sonrisa. Fue algo gracioso que me pasó una vez.

Ocurrió hace mucho, hará ya veinte años o así, en la primavera en la que yo tenía veintitrés. Fue poco antes del gran terremoto[30]. Lo cierto es que las cosas no han cambiado mucho por Ushigome[31]. Hicieron la calle principal más ancha y para ello usaron parte del jardín de casa. Antiguamente teníamos un estanque, pero con las obras también lo taparon. Básicamente esto ha sido lo único que ha cambiado. Desde el balcón de la primera planta se sigue viendo el monte Fuji, justo enfrente. También se sigue escuchando el sonido de las trompetas del ejército al amanecer y al atardecer.

Mi padre era gobernador de la prefectura de Nagasaki, hasta le ofrecieron ser alcalde de la ciudad en una ocasión. En aquel verano yo tenía doce años y mi madre todavía estaba viva. Mi padre nació aquí, en Ushigome, pero

30 Se refiere al conocido como Gran Terremoto de Kantō, que tuvo lugar el 1 de septiembre de 1923 y arrasó gran parte de la ciudad de Tokio y sus alrededores.

31 Barrio de Shinjuku (una de las zonas más afectadas por el terremoto), al oeste de Tokio.

mi abuelo era de Morioka, en Rikuchū[32]. Vino a Tokio cuando era joven y empezó a labrarse una carrera en el mundo de la política y de las finanzas. Podríamos decir que fue un gran hombre de negocios. Las cosas le fueron bien desde el principio. Pasados unos años, compró esta casa en Ushigome, y consiguió así poder llevar una vida tranquila. No sé si sería verdad, pero solía decirme que era del mismo pueblo que Takashi Hara, aquel político que llegó a primer ministro y al que apuñalaron en la estación de Tokio hace ya muchos años. Como era mayor que él y tenía mucha más experiencia en el mundo de la política, le tenía un gran respeto a mi abuelo. Según él, cada año nuevo, incluso después de haber sido nombrado primer ministro, Takashi Hara le venía a visitar a Ushigome, aunque esto último es algo que dudo. ¿Por qué? Porque cuando mi abuelo me lo contó, ya era un viejo decrépito de ochenta años, vivía solo y lo que más le gustaba era contar batallitas e inventarse cosas. Yo tenía doce años y todavía no nos habíamos venido a vivir con él. De hecho, hasta ese momento, y debido al trabajo de mi padre, no habíamos hecho más que cambiar de ciudad constantemente: Urawa, Kobe, Wakayama, Nagasaki… Yo nací en la residencia oficial de Urawa, así

32 Zona de Tōhoku, al noreste de Japón.

que durante mis primeros años no tuve mucha relación con mi abuelo. De hecho, casi nunca veníamos a Tokio. Cuando cumplí doce años, empezamos una vida más tranquila en Ushigome junto a él, pero, aun así, me seguía pareciendo un desconocido y he de reconocer que hasta me daba asco. Además, mi abuelo tenía un fuerte acento de Tōhoku y no entendía muy bien lo que decía, lo que nos distanciaba aún más. Como yo le ignoraba, él intentaba hacer todo lo posible para llamar mi atención. Me contó lo de Takashi Hara una noche de verano sentado de piernas cruzadas en el engawa que da al jardín, alzando los codos y abanicándose con un paipái. Como me aburría mortalmente su relato, comencé a bostezar de manera exagerada. Entonces, mi abuelo, me miró disimuladamente y dijo en voz baja, cambiando de tono:

—Vale, ya veo que lo de Takashi Hara no te interesa. Pasemos entonces a «¡Los siete misterios de Ushigome!». Érase una vez…

No sé por qué, pero mi abuelo era un viejo muy astuto. Por eso, siempre dude de aquella relación que él decía que tenía con Takashi Hara. Más tarde, cuando se lo pregunté

abiertamente a mi padre, sonrió con cierta amargura y me dijo, mientras me acariciaba cariñosamente la cabeza:

—Sí, es cierto. Puede que alguna vez haya venido a esta casa. El abuelo no dice tantas mentiras como tú te crees.

Falleció cuando yo tenía dieciséis años. Nunca había sido mi abuelo preferido, pero el día de su funeral lloré mucho. Como la ceremonia fue tan espectacular, era difícil mantener la compostura y puede que fuese aquella la razón por la que lloré tanto. Al día siguiente fui a clase y todos los profesores fueron pasando uno a uno para darme el pésame. Cada vez que me recordaban a mi abuelo me ponía a llorar. Mis amigas también me trataron con mucho respeto, lo cual me sorprendió enormemente.

Solía ir andando al instituto femenino de Ichigaya. Por aquel entonces, me trataban como a una pequeña reina, no merecía tanta felicidad. Nací cuando mi padre tenía cuarenta años y ejercía el cargo de ministro de enseñanza en Urawa. Como era su primera y única hija, tanto mis padres como las personas que tenían a su alrededor me concedían todos los caprichos. Yo misma me sentía una

niña tímida y débil, digna de lástima, pero, pensándolo ahora, la verdad es que al parecer no era más que una niña egoísta y caprichosa. Nada más empezar el instituto en Ichigaya me hice amiga de una chica llamada Serikawa. Siempre tuve la impresión de que la trataba con ternura y delicadeza, pero ahora, si me pongo a reflexionar un poco, puede que, desde el punto de vista de los demás, simplemente la tratase con amabilidad. Yo era una egoísta por entonces. Serikawa solía mostrarse conforme con todo lo que yo decía, y ambas ejercíamos, sin saberlo, una extraña relación de ama y sirvienta.

Su casa estaba justo enfrente de la mía. Era una tienda de wagashi[33] llamada Kagetsudō. Sí, sí, todavía está abierta y al parecer con bastante éxito. Su especialidad siguen siendo los izayoi-monaka[34] rellenos de anko[35] con castañas. Ahora es su hermano mayor quien la lleva. Está allí haga sol o nieve, trabaja sin descanso. Su esposa, al parecer, es también muy trabajadora. Siempre está sentada en la oficina atendiendo los pedidos y dando

33 Dulce tradicional japonés.

34 El monaka es un tipo de wagashi emparedado con barquillos de mochi (pasta de arroz).

35 Pasta dulce de judía roja azuki.

órdenes a los trabajadores. Serikawa se casó con su novio tres años después de haber terminado el instituto. Me parece que se fue a vivir a Keijō[36]. Hace ya veinte años que no sé nada de ella. Su marido estudió en la universidad privada de Keiō, en Mita, Tokio, y era muy atractivo. Me contaron que montó un periódico en Keijō.

Serikawa y yo seguimos siendo amigas hasta bastante después de haber terminado el instituto. Nunca fui a su casa, siempre era ella quien venía a visitarme a la mía y casi siempre hablábamos de libros. Desde siempre le había gustado leer a Natsume Sōseki y a Roka Tokutomi, y escribía unos relatos tan buenos que uno, cuando los leía, se imaginaba que los había escrito alguien bastante más maduro que ella. A mí se me daba fatal escribir. La literatura no me llamaba nada la atención. Aun así, tras terminar el instituto, empecé a leer las novelas que Serikawa me prestaba para pasar el rato y empecé a interesarme un poco. Pero a ella los libros que a mí me atraían no le parecían tan buenos y yo, por el contrario, no me enteraba mucho de lo que decían los libros que le gustaban a ella. A mí me interesaban, por ejemplo, las

36 Nombre con el que se denominaba a Seúl durante la ocupación japonesa de Corea (1907–1945).

novelas históricas de Ōgai Mori, pero Serikawa se reía de mí diciendo que tenía un gusto muy anticuado. Me dijo que Takeo Arishima era mucho más profundo que Ōgai y me trajo dos o tres libros suyos, pero no logré enterarme de nada de lo que decían. Quizá, si los leyese ahora de nuevo, mi opinión sería diferente, pero me parecía que Arishima profundizaba demasiado en temas sin importancia, y eso me aburría. Creo que tengo un gusto mediocre en lo que a libros se refiere. En aquella época empezaron a surgir montones de escritores importantes, como Saneatsu Mushanokōji, Naoya Shiga, Jun'ichirō Tanizaki, Kan Kikuchi, Ryūnosuke Akutagawa y muchos otros. De todos ellos, los que más me gustaban eran Naoya Shiga y Kan Kikuchi. Ambos escribían novelas cortas que me encantaban. Serikawa se reía de mí diciendo que tenía un gusto demasiado superficial. En realidad, lo que me pasaba es que no podía soportar esas novelas en las que el autor no paraba de expresar sus propias opiniones, en vez de centrarse en las de los personajes.

Cada vez que venía a visitarme, Serikawa me traía revistas de literatura o novelas que se acababan de publicar. Solía decirme de qué trataban y, de vez en

cuando, me contaba cotilleos sobre sus autores. Su entusiasmo era auténticamente desbordante, pero algo sospechoso. Finalmente, descubrí por qué estaba tan interesada por este tema. Entre las amigas, era común que nos enseñáramos nuestros álbumes de fotos. Un día, Serikawa trajo uno muy grande para enseñarme. Empezó a mostrarme las fotos y a explicarme cada una de ellas con tantísimo detalle que en un momento dado empecé a desconectar y a pensar en las musarañas. Hasta que de repente apareció una foto que me llamó la atención. En ella salía un chico muy guapo sujetando un libro frente a un rosal.

—¡Qué chico tan mono! —dije sin pensar, mientras me sonrojaba sin saber muy bien por qué.

—¡No, quita, dame! —exclamó de pronto, mientras me quitaba el álbum bruscamente de las manos. En aquel momento supe perfectamente lo que pasaba.

—Qué más da. ¿Te crees que no lo sabía ya? —dije sin darle mucha importancia. Ella me contestó alegremente con una sonrisa:

—¿Cómo te has enterado? Menuda eres. ¿De verdad lo has sabido nada más verlo? Bien, pues sí. Estamos juntos desde que íbamos al instituto. Así que ya lo sabías, ¿verdad? —contestó hablando muy rápido. Lo cierto es que yo no sabía nada de nada, pero ella me lo contó todo.

Serikawa siempre había sido de lo más simple e inocente. Conoció a aquel chico tan mono de la foto en una de esas revistas a las que los lectores mandan cartas para conocer a otras personas. Enseguida surgió cierta afinidad entre los dos. Se dice así, ¿no? Es que no tengo un lenguaje muy culto que se diga. El caso es que, poco a poco, empezaron a escribirse directamente y, cuando terminó la secundaria, Serikawa se tomó la relación más en serio y entonces comenzaron a planificar su futuro juntos. Serikawa me contó montones de cosas sobre él, como que su familia tenía una compañía de mensajería marítima en Yokohama. También me dijo que algún día llegaría a ser un gran escritor. Todo lo que me decía me daba pavor y hasta me parecía sucio en cierto modo. Pero la verdad es que lo que me pasaba era que tenía envidia de ella. Sentí como si mi corazón se oscureciese y se estremeciese mientras ella me contaba todas esas cosas, pero intenté ocultar aquellos sentimientos y le dije:

—¡Qué bien! Sabes que te deseo lo mejor en la vida, Serikawa.

Pero debió de darse cuenta de que estaba incómoda, porque se enfadó y me dijo:

—¡Qué mala eres! Jamás me habría imaginado que fueses tan cruel. No haces más que despreciarme con frialdad. ¡Eres como Diana[37]!

Nunca la había visto tan a la defensiva, así que le contesté:

—Perdóname. Jamás se me habría ocurrido despreciarte. Simplemente es uno de los inconvenientes de mi forma de ser, que me hace parecer una persona fría. Si te soy sincera, me da miedo tu relación. Tu novio es demasiado guapo. A lo mejor es que… te tengo envidia.

Así que le solté lo que sentía, tal cual. Entonces Serikawa recuperó el buen humor y me dijo alegremente:

—Ese es el problema. Solamente se lo he contado a mi hermano y opina igual que tú. Él quiere que me case

37 Se refiere a la diosa romana de la caza, famosa por su crueldad.

con alguien normal y con un futuro asegurado. Bueno, en realidad es lógico que él opine así. Mi hermano es una persona muy realista, pero yo no le hago caso. Me da igual que se oponga. El año que viene, en primavera, cuando termine sus estudios, nos casaremos, y no me importa lo que diga la gente al respecto —dijo con energía, de manera simpática y con la espalda muy recta.

Yo la escuchaba con una sonrisa forzada y asentía con la cabeza. Envidiaba su ingenuidad, me parecía preferible a mi carácter vulgar y conservador. A veces yo podía ser un poco insoportable. A partir de aquella confesión, Serikawa y yo empezamos a distanciarnos. Es algo que a veces ocurre entre las amigas. Cuando aparece un hombre, se interpone entre las dos, y aunque hasta ese momento hayáis sido las mejores amigas, la actitud de ambas cambia y todo se vuelve más serio. Así que al final acaban distanciándose, eso es un hecho. No es que nuestra relación cambiara radicalmente de un día para otro, pero tanto ella como yo empezamos a ser más discretas, a saludarnos con más formalidad y dejamos de hablar con tanta frecuencia como antes. Se podría decir que adoptamos un comportamiento más maduro. Jamás volvimos a hablar de aquella foto.

Entre unas cosas y otras, el año tocó a su fin. Una noche, a finales de marzo, mes en el que Serikawa y yo cumplíamos veintitrés años, a eso de las diez de la noche, me encontraba yo a solas con mi madre cosiendo entre las dos el kimono de mi padre, que se había roto. De pronto, la sirvienta abrió el shōji[38] de la habitación silenciosamente y me hizo un gesto con la mano para que fuese con ella. «¿Me llamas a mí?», le pregunté con la mirada, a lo que ella afirmó inclinando la cabeza con seriedad dos o tres veces seguidas.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre colocándose las gafas. La sirvienta tosió ligeramente y le contestó:

—Esto… Es el hermano de Serikawa, que ha venido para hablar con la señorita —dijo con dificultad, y volvió a toser dos o tres veces más.

Me levanté enseguida y salí al pasillo. No sé por qué, pero al instante intuí qué quería hablarme el hermano de Serikawa. «Serikawa habrá metido la pata, seguro.» Me encaminé a la sala de invitados. De pronto, la sirvienta me susurró:

38 Puerta corrediza de madera con láminas de papel de arroz.

—No, señorita. Está en la puerta trasera. —Y me adelantó a paso ligero y medio agachada, como si estuviese muy nerviosa a causa de algún suceso muy grave que hubiera ocurrido.

Y allí, en la oscuridad de la puerta trasera, estaba el hermano de Serikawa, con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando iba al instituto, nos saludábamos todos los días cada vez que pasaba frente a la tienda. Siempre le pillaba muy ocupado con el trabajo. Cuando me gradué, seguía viniendo a casa al menos una vez por semana para traernos los dulces que pedíamos de su tienda. Me llevaba bien con él y solía llamarle hermano[39]. Era la primera vez que nos visitaba tan tarde. Además, nunca había venido a hablar expresamente conmigo con tanta discreción, por lo que me imaginé que se trataría de Serikawa y de su boda secreta. Me palpitaba el corazón con tanta emoción que antes de que pudiese hablar, le dije:

—Hace mucho que no veo a tu hermana.

—O sea, que ya sabes lo que ha pasado… —me dijo sorprendido.

39 En Japón se suele llamar hermano o hermana a gente con la que se tiene muy buena relación a pesar de que no sean familiares.

—No.

—Verás, mi hermana se ha escapado de casa. ¡Será tonta! Una chica tan aficionada a la literatura no podía acabar de otra manera.. De eso, de lo de su novio escritor sí que te habías enterado, ¿no?

—Sí, de eso sí. —Me costaba hablar y notaba que las palabras se me quedaban atascadas en la garganta—. Algo había oído.

—Han huido juntos, los muy estúpidos. Afortunadamente, creo que me hago una ligera idea de dónde pueden estar. No habrás hablado con ella últimamente, ¿no?

—No, la verdad es que llevamos algún tiempo distanciadas. ¿Pero qué tendrá en la cabeza esa chica? ¿Quieres pasar? Me gustaría poder charlar tranquilamente contigo, y no aquí, en la puerta.

—Vaya, gracias, pero es que me tengo que ir. Tengo que ponerme a buscarla cuanto antes.

—En ese momento me di cuenta de que iba vestido

con traje y que sujetaba una maleta.

—¿Tienes idea de dónde pueden estar?

—Sí, creo que sí. Iré, le arrearé un bofetón a cada uno y luego, que se casen si quieren.

Se marchó riéndose, de modo despreocupado. Yo me quedé allí en la puerta, viendo como se alejaba por la calle. Al rato, volví a la habitación y me senté sin hacer ruido junto a mi madre, que seguía cosiendo las mangas del kimono. Mi madre me preguntó si había ocurrido algo. Entonces volví a levantarme discretamente y, sin responderla, salí al pasillo. Corrí hasta la puerta trasera y me puse los geta. Salí a la calle. ¿Qué me ocurrió en aquel momento? Aún hoy sigo sin entenderlo. En aquel instante supe que debía alcanzar al hermano de Serikawa como fuera. Debía permanecer junto a él pasase lo que pasase. Me daba igual lo que le ocurriese a su hermana, lo quería a él. «Necesito verte una vez más. ¡Iré contigo a donde me digas! ¡Llévame, huyamos de aquí! ¡Arrástrame a donde quieras!» De pronto, aquella noche, sin previo aviso, mis deseos más íntimos se desbordaron. Corrí en silencio como un animal entre los oscuros callejones. De vez en cuando me tropezaba y me caía al suelo, pero

me colocaba de nuevo el kimono y volvía a retomar la marcha en silencio. Tenía el rostro bañado de lágrimas. Ahora, cuando lo pienso, siento como si en aquel momento hubiese estado visitando lo más profundo del infierno. Cuando por fin llegué a la estación de tranvía de Ichigaya-Mitsuke, tenía todo el cuerpo dolorido y casi no podía ni respirar. Ante mí se alzaba la oscuridad más absoluta y noté que estaba a punto de desmayarme. La estación estaba desierta. Parecía que el tranvía acababa de irse.

—¡¡Hermano!! —grité con todas mis fuerzas. Me aferré a mi última esperanza.

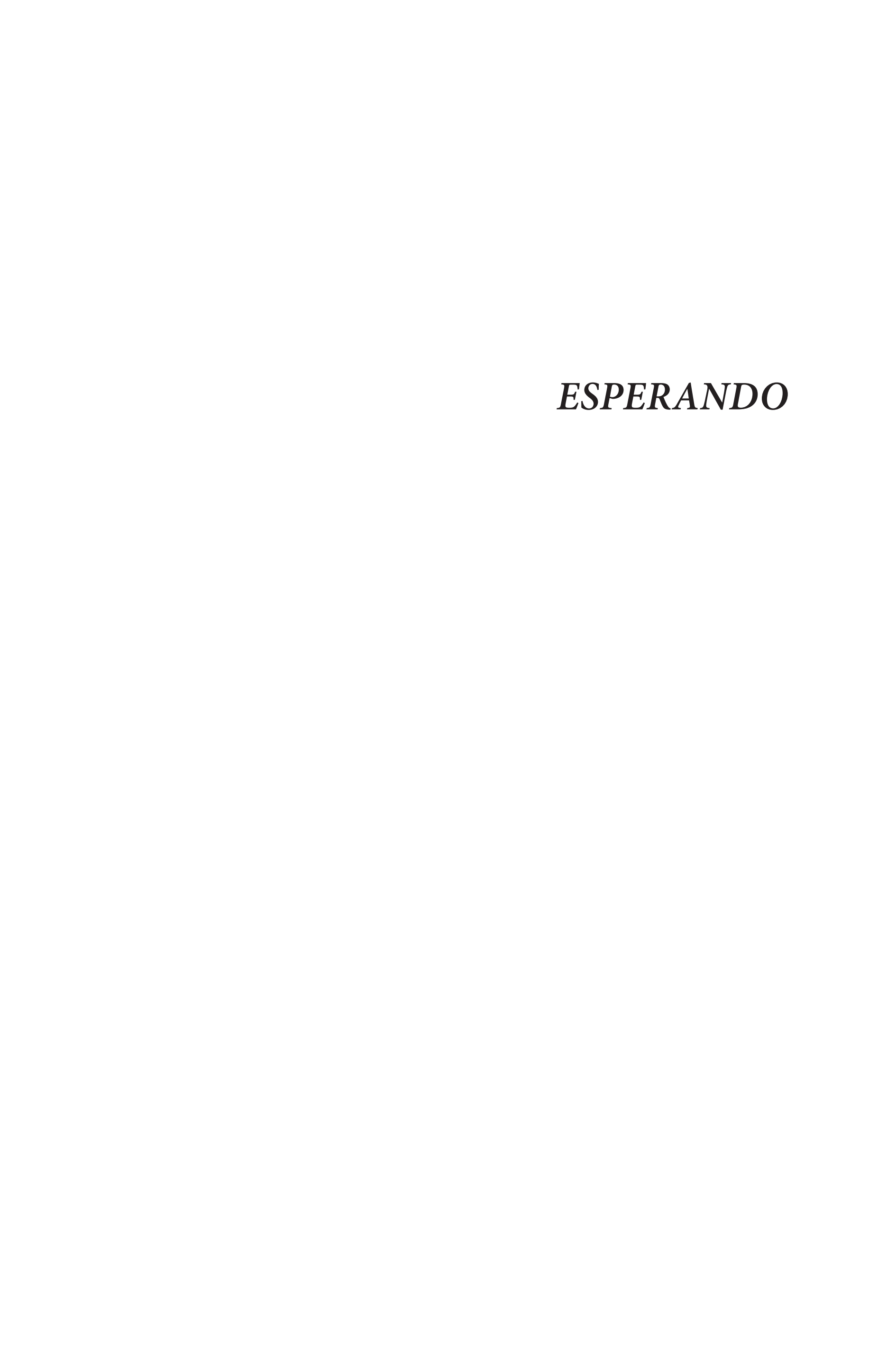
Obtuve por respuesta un silencio abrumador. Volví a mi casa cabizbaja. Cuando llegué a la puerta, me arreglé el kimono como pude y entré. Cuando abrí el shōji de la habitación, mi madre me preguntó extrañada:

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Serikawa, que ha desaparecido. Qué cosas pasan, ¿verdad? —le contesté con naturalidad mientras retomaba mis labores de costura.

Parecía que mi madre seguía escamada por mi extraño comportamiento, pero se abstuvo de preguntarme y siguió cosiendo sin decir nada. Y eso fue todo, no ocurrió nada más. Serikawa, como he comentado antes, se casó felizmente con el chico de Mita y al parecer acabaron yéndose a vivir a Corea. Yo también me casé al año siguiente, con mi actual marido. Vi al hermano de Serikawa un par de veces más, pero jamás volví a sentir por él lo que sentí aquella noche. Ahora es el dueño de Kagetsu-dō y se ha casado con una mujer guapa aunque algo bajita. Parece que les va bien. Sigue viniendo a casa una vez por semana para traernos los dulces que encargamos en su tienda. Nada más. ¿Lo que ocurrió aquella noche fue verdad? ¿Acaso no sería un sueño que tuve al quedarme dormida mientras cosía? Lo dudo mucho. Todo fue demasiado real para ser un sueño. ¿Sabes cómo te digo? Sé que suena a broma, pero, por favor, te pido que lo mantengas en secreto.

Ya soy madre y mi hija está a punto de empezar tercero de secundaria. No es momento de que salgan a la luz este tipo de cosas.



ESPERANDO

Todos los días voy a la misma estación de tren para esperar a alguien.

Alguien a quien ni siquiera conozco.

Volviendo a casa después de haber hecho la compra en el mercado, paso por la estación y me siento en un frío banco. Poso la cesta de la compra sobre mi regazo y me quedo contemplando la entrada del edificio con aire distraído. Cada vez que un tren cualquiera llega al andén, las puertas se abren y expulsan una multitud que acude hacia la salida en tropel, sacando sus carnets o enseñando sus billetes con cara de pocos amigos. Luego, caminan precipitadamente sin dejar de mirar al frente y, pasando por delante del banco sobre el que estoy sentada, salen a la plaza que hay delante de la estación y se dispersan, dirigiéndose cada uno hacia su destino. Mientras, yo me mantengo allí sentada, abstraída.

¿Si alguien me sonriese y me dijese algo? ¡Ay, qué miedo pasaría! Uf, sería un engorro. El corazón me late desbocado. Solo de pensarlo me agobio y me entran escalofríos, como si me echasen agua fría por la espalda. Aun así, sigo esperando a alguien.

Pero, ¿a quién espero aquí sentada todos los días? ¿A qué clase de persona? No, a lo mejor no estoy esperando a una persona. Yo odio a las personas. Bueno, no exactamente. En realidad me dan miedo. Siempre que me encuentro con alguien y le digo sin ganas, simplemente por educación: «¿Qué tal le va todo? Cada vez hace más frío, ¿verdad?», me agobio y pienso que quizá no exista nadie tan mentiroso como yo en el mundo; me entran ganas de morirme. Y luego, esa persona con la que hablo también me trata con prevención, complaciéndome con palabras vacías u opinando sobre temas superficiales. En esas situaciones me entristece lo cerrada que puede llegar a ser una persona cuando intenta ser prudente. Hace que el mundo me parezca cada vez más desagradable, más insoportable. ¿Acaso será así todo el mundo? ¿Debemos seguir toda la vida agotándonos los unos de los otros, intercambiando tensos saludos y teniendo cuidado con lo que decimos a los demás?

Me desagrada tener que encontrarme con alguien a quien conozco. Por eso, a no ser que hubiese algún motivo excepcional, jamás visitaba a mis amigos. Me sentía mucho más cómoda quedándome en casa, cosiendo con mi madre en silencio. Pero desde que empezó la segunda

guerra mundial y la situación se puso cada vez más tensa, empecé a sentirme muy mal cuando no salía y me quedaba a solas sin hacer nada en especial. He empezado a sentirme incómoda y ya nunca estoy tranquila. Me gustaría ser útil de alguna manera. Trabajando sin parar, por ejemplo.

Ya no creo en el modo de vida que había llevado hasta ahora. Siento que no me puedo quedar en casa sentada, pero, aunque salga, tampoco tengo ningún sitio a donde ir. Hago la compra y, a la vuelta, paso por la estación y me siento en este frío banco, distraída. «¿Y si aparece alguien de repente?», suelo pensar algo inquieta. «Ay, y si aparece, ¿qué hago? No sabría qué hacer», pienso también. Y me invade el temor. De todas formas, en caso de que apareciese, no tendría más remedio que ofrecerle mi vida. Mi vida entera. Mi destino quedaría fijado en ese preciso momento.

Algo parecido a la resignación, unido a un conjunto de pensamientos indignos, se enredan de manera extraña en mí y me inundan el corazón, haciendo que me duela y me sofoque. Me siento insegura, como si no supiera si estoy viva o muerta, o como si estuviera soñando a plena

luz del día. El escenario frente a la estación, en el que la gente se cruza continuamente, me parece algo lejano y diminuto, como si lo estuviese observando a través de un catalejo y, en ese momento, dentro de mi cabeza, el mundo se queda en completo silencio. ¡Ay! ¿A qué demonios estaré esperando?

Puede que en realidad yo sea una mujer sumamente impúdica. Puede que el sentirme incómoda porque haya estallado la guerra y mi deseo de trabajar sin parar sean mentira. Puede que, en realidad, no esté más que esperando la oportunidad de dar rienda suelta a todos mis pensamientos obscenos y a ocultarlos bajo ingeniosas excusas. Aquí, sentada de esta manera con aire distraído, siento como algo dentro de mi corazón arde, algo indigno, oculto.

¿A quién demonios estaré esperando? No sé con certeza qué podrá ser. Solo percibo una sensación vaga. Aun así, sigo esperando. Desde que estalló la guerra, todos los días, todos, paso por la estación y me siento en este frío banco a esperar.

¿Si alguien me sonriese y me hablase? ¡Ay, qué miedo pasaría! Uf, sería un inconveniente. No eres tú a quien

estoy esperando. Entonces, ¿a quién demonios espero? ¿A un marido? No. ¿A un amante? No. ¿A una amiga? Qué va. ¿Más dinero? No puede ser. ¿A una aparición? ¡Oh, qué miedo! Espero a algo más tranquilo, más alegre y radiante. Aunque no sé qué podrá ser. Quizás algo parecido a la primavera. No, eso no es. ¿Hojas verdes llenas de frescor? ¿Al mes de mayo? ¿Al agua cristalina que corre por los campos de trigo? No, nada de eso. Ay, pero lo estoy esperando. ¡Lo espero con ansia!

La gente pasa frente a mí. Una persona, después otra, después otra y otra. Esto no es, aquello tampoco. ¡Lo estoy esperando con ansia, tiritando y con la cesta de la compra entre mis brazos!

Te ruego que no te olvides de mí. Por favor, acuérdate siempre, sin reírte, de aquella chica de veinte años que acudía todos los días a esperar a alguien a la estación y volvía sola a casa. Prefiero no decirte el nombre de aquella pequeña estación.

Aunque no te lo diga, sé que algún día me encontrarás.

"Por las mañanas nunca me siento segura de mí misma. Me siento frente al tocador con el pijama puesto y me miro en el espejo. Cuando me miro sin las gafas me veo un poco borrosa, pero me resulta agradable...

Colección
Lima Lee

